

Creadores Literarios



Creadores Literarios



Poesía
Cuento
Microrrelato
Audiocuento
Cartas a Nathalie Bernard



Universidad de Guadalajara

Ricardo Villanueva Lomelí
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Sistema de Educación Media Superior

César Antonio Barba Delgadillo
Dirección General

María del Socorro Pérez Alcalá
Secretaría Académica

Lilia H. Mendoza Roaf
Coordinación de Difusión y Extensión

Editorial Universidad de Guadalajara

Sayri Karp Mitastein
Dirección

Feria Internacional del Libro de Guadalajara

Marisol Schulz Manaut
Dirección

Fondo de Cultura Económica

Paco Ignacio Taibo II
Dirección



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Primera edición electrónica, 2024

D.R. © 2024, Universidad de Guadalajara



Liceo 496, Col. Centro
44100 Guadalajara, Jalisco



Ingeniero Hugo Vázquez Reyes 39,
interior 32-33,
Industrial Los Belenes
45150 Zapopan, Jalisco

ISBN 978-607-581-196-3

Hecho en México
Made in Mexico

Presentación

Escribir sigue siendo una de las formas más profundas de expresar nuestros pensamientos y emociones. Año con año, eso es lo que hacen nuestros estudiantes de las prepas UdeG, que muestran su talento en el libro *Creadores Literarios FIL Joven*, en el que se concentran dos grandes proyectos: Creadores Literarios y Cartas al Autor.

Después de la pandemia, que marcó la temática en las entregas anteriores de nuestros jóvenes, en esta edición nuestros talentosos estudiantes dan rienda suelta, en el papel o en la grabadora, a los temas que los han marcado en una convivencia más libre y abierta. Han retomado las formas y la temática de los grandes escritores, mostrando esa otra manera de ver el mundo sin las ataduras del hacinamiento y las emociones que esa realidad angustiante despertaba.

Leerlos siempre es un deleite, pero escucharlos nos ha sorprendido sobremanera. Desde que la categoría de audio-cuento se inauguró, nos han demostrado su capacidad no solo de contar historias, sino de darles vida con narraciones llenas de emoción, que nos atraparon en pocos minutos.

El impulso de la escritura en sus diferentes géneros (cuento, microrrelato, poesía y audiocuento) contribuye a desarrollar el talento de nuestros jóvenes, pero también ayuda

a mantener vivas las formas de expresión que parecían extintas, como las cartas, una manera más íntima y directa de mostrar lo que pensamos y sentimos; en ellas, nuestros estudiantes nos demuestran que esa es una forma efectiva y extraordinaria de comunicarse.

Los invito a adentrarse en estas páginas llenas de emociones, de grandes y pequeñas historias, de impactantes poemas y de cartas que nos muestran el corazón, los sueños y las motivaciones de nuestros estudiantes.

Mtro. César Antonio Barba Delgadillo

Director General del SEMS

Poesía

No hay insignificancia en las palabras

María Adriana Sotelo Villegas

*Ver en el día o en el año un símbolo
de los días del hombre y de sus años,
convertir el ultraje de los años
en una música, un rumor y un símbolo,
ver en la muerte el sueño, en el ocaso
un triste oro, tal es la poesía
que es inmortal y pobre. La poesía
vuelve como la aurora y el ocaso.*

Jorge Luis Borges, "Arte poética" (1960)

Hasta hoy ninguna palabra es insignificante; eso lo descubrieron muy pronto los jóvenes escritores que nos comparten su poesía en esta antología de *Creadores Literarios*, quienes acertaron admirablemente en el sentido de la emoción, expresada con belleza a través de su inspiración. Fue emocionante leer a seres emancipados con armonía en cada estrofa.

Los sentimientos se reflejan con profundos mensajes, letras que flotan delicadamente como luces artificiales. Con cada oración, sorprende agradablemente la ubicación tan cercana de la esperanza, el amor o la tristeza; también se halla la nostálgica ausencia que nos lleva a enfrentar el abandono o las dulces presencias cotidianas, plasmadas con alegría e ingenuidad.

No existe insignificancia en las palabras, pues sus imágenes bien elaboradas en cada verso o estrofa muestran la intencionalidad del autor o la autora, que tienen un claro propósito, y con ello eliminaron las fronteras del significado o la razón, porque nos llevaron a sentir sin límites, a imaginar sin términos preestablecidos. La poesía les permitió exponer historias entre los escombros de sus adolescentes recuerdos o a través de las presencias, haciéndolo de manera tan personal que nos identificamos en algunos momentos con ellos.

Por todo ello, invitamos a los lectores a que descubran colores invisibles en armonía; palabras como latidos bien sincronizados de principio a fin; frases que acarician; luchas violentas entre la luna y el viento; el mar o un lecho; la vida o la muerte; palabras suficientes, envolventes, apreciables y reinventadas, solo porque ellos les dieron una nueva geografía a los mensajes que las transportaban.

Luna Cristina López Muñoz

[<<Soona>>]

Preparatoria 5

Me extrañarás cada mañana de otoño

Soy la helada bruma que abraza tu silueta por el alba,
el sonido provocado por los pasos
de los muertos marchantes víctimas del capitalismo,
aquel enloquecedor chirrido que pareces solo tú percibir
provocado por el choque de los rieles,
el dulce aroma a petricor que acaricia tu roja nariz,
ese rítmico murmullo que generan las gotas
al caer por los tejados de cada hogar,
el triste y deprimente color gris que pinta cada día más
[la estructura de la ciudad.

Puedes sentirme expandiéndome como miel
[sobre tu cuerpo,
provocando esa hormigueante sensación de cansancio,
arrastrándome por tu cuello hasta inundar tu espalda;
siente mis calientes contracciones en tu estómago,
ansiendo el que me llenes,
adormezco tus fríos dedos ahora teñidos de bermellón,
acarició tus ojos velados por el sueño

y beso los oscuros tonos que adornan su
contorno.

Soy cada danzante mirada agotada por la rutina,
[con la que te cruzas,
el café amargo que toca tus labios y tiñe tus amarillos dientes,
puedes sentirme.

Puedes sentirme en el calor corporal que te provoca el chocar
con los hombros de los pasajeros que huyen
[del asfixiante lugar.

Me sientes en esa desesperada bocanada ansiosa de vida
[que tomas al bajar
y en esa simple pero dolorosa contracción en tu rostro
simulando una sonrisa al saludar.

Puedes percatarte de cómo carcomo tu carne
[añorando llegar a los huesos,
deseosa y animal por probar de tu alma
para volvernos uno mismo mezclando
[nuestras conciencias por la eternidad.

Soy la imagen siempre presente en tu pensamiento,
me encontrarás sobre cada reflejo, soy la carroñera
[de tus recuerdos.

El tiempo se ha corrompido

He perdido la cuenta, han pasado días, tal vez meses o años.
Veó mi piel arrugarse y mi cabello caer para cambiar
[por nuevo,
han remodelado cada edificio al que creía conocer
[como la palma de mi mano
y mis amigos cada vez lucen más ajenos a los que antes
[creía haber conocido.

Nunca fui un reloj andante, no poseo manecillas,
yo no persigo al tiempo,
pero me aferro con obsesión a tus recuerdos.
Vivo dentro de ti, en el pasado; vivo en mis salvajes
[instintos.

No he cambiado mi estilo de ropa ni mi antiguo corte
[de pelo,
no he modificado mi aroma ni mi platillo favorito,
sigo leyendo una y otra vez el mismo libro,
repitiendo las mismas manías.
Me gusta creer que soy atemporal,
que somos poco más que primates
y que de nada sirve comprometerme con conceptos
[como la edad.

Me asusta pensar en que me aferro a cada pedazo de mí,
porque encuentro tu cuerpo en cada detalle de esa vieja
[imagen.

Cuando cambie mis gastados harapos o mi maquillaje
[anticuado
yo ya no seré la mujer que conociste y el ser al que amaste.
Ya no seré lo que creo que soy, ya no seré tuya.
Ya no podré decir que te pertenezco.

Escuché que todos somos seres fluctuantes,
por lo que nunca veremos a la misma persona dos veces;
yo me pregunto si esa es la verdad y si me sigues amando a mí
o si solo amaste a un individuo que ya no existe.
Esta noche volveré a dormir entre las mismas sábanas
[en las que dormiste
y usaré la misma pijama que usé el día en que te conocí,
embellecida para ti por el mismo perfume que me diste
[en algún aniversario
y ansiosa por escuchar tus pasos dirigirse a mí.

Tu oleaje

Tus brazos inmensos siempre me recordaron el océano,
arrastrando mi cadavérica figura hacia su centro,
dolorosas descargas provocadas por las frías aguas cubren
[mi cuerpo,
llevándome sin rumbo en tu corriente,
pero cubriendo mi soledad con su helado abrazo.

Cariño, cada mañana me pregunto qué es lo que yo sueño,
perderme en tu belleza hipnotizada por tus sirenas
o arrastrarme victoriosa hacia la orilla y acostarme
[sobre la arena.

Mi pequeña, tengo que admitirte que seguirte tiene
[su belleza,
pero temo morir ahogada en tus deseos e inciertas
[promesas.
Tal vez necesito tocar tierra firme o acariciar el cielo,
el cual me recuerda a la suavidad de tu cabello,
para saber lo que realmente deseo.

Pero se siente como si tus algas se enredaran en mis piernas
y mi corazón se estremeciera de cariño
al sentirme como una botella rota y sin rumbo
que tuvo la suerte de ser atrapada por las duras rocas
[de la orilla
en las que golpea la fuerte marea.

Espejismo

Las paredes de mi mente siempre han sido difusas
[como el viento,
poseo una personalidad voluble y un razonamiento poco
[sincero,
carezco de sentido, no tengo final ni comienzo,
disfruto de empezar escribiendo mi nombre al reverso,
soy solo un concepto, una percepción
[de tu entendimiento.

Reflejas sobre mi rostro tus expresiones como si fuera
[un espejo,
puedo notar en tu voz la esperanza de escucharte a ti mismo,
deseas que yo sea la que comprenda tu abismo,
te he encontrado mirando mis ojos buscando.

Buscando tus pestañas o un reflejo de tus oscuros
[pensamientos,
he notado cómo tocas con tus manos mi cuerpo,
desesperado por sentir a través de mi piel tu consolable tacto.
Te he escuchado rogándome por una respuesta mientras
[estás dormido,
preguntándome mediante gritos ahogados si realmente
[existo
o si solo me has imaginado como un humillante intento
de percibirte a ti mismo.

Soledad, mar y luna

He crecido junto a un extraño precipicio,
en una oscuridad que refleja siluetas iluminadas solo
[por la luna,
conforme mi cuerpo crece puedo sentir la distancia
[entre el abismo y mis pies acortarse.
Al principio la libertad rozaba solo mis dedos,
ahora puedo sentir el vacío entre mis muslos,
los grilletes presionan con fuerza mis muñecas
ahora negras y con heridas abiertas.

A veces otras personas me visitan,
ángeles vinientes de un paraíso siempre iluminado
[y cálido,
que dicen amarme y querer acompañarme,
pero puedo notar cómo se sientan lejos del precipicio.
Al principio creí que eran víctimas del vértigo,
ahora sé que temen ser arrastradas por la miseria
[que manifiesto.
Miran mis muñecas con lástima, mientras
[en su cabeza ruegan
por borrar la incómoda imagen que tienen de mi desnuda
[silueta;
algunas me abrazan...
Fríos abrazos con un olor de putrefacta soledad.

Puedo escuchar el mar desde mi precipicio,
escucho los cantos de los supuestos libres individuos,

jugando y amando en un mundo hecho para ellos,
escucho sus dulces risas, conversaciones y gemidos.
El ruido me hace añorar mojar me en las aguas del océano,
sueño con poder sostener una mano cálida
y recorrer junto a alguien el prohibido paraíso eterno.

Pero me temo que es un sueño muy puritano y luminoso
para alguien sucio y pecaminoso que nació manchado
[por el negro.
Tendría que cortar mis muñecas quitando los grilletes
[y redimiendo mi origen,
salir de mi hogar en las tinieblas y rechazar el lugar
[donde pertenezco.

Seguiré sentada sobre mi precipicio,
recibiendo a mis verdugos con una sonrisa
y escuchando a lo lejos sus apasionados besos.

Margarita

Me quiere, no me quiere...

Me quiere, no me quiere...

Me quiere, no me quiere...

Me quiere, no me quiere...

Escuché el suave pétalo caer sobre el rocío,
que casi pudo ser confundido con el sonido de mi corazón
[fragmentándose.

Tú ya no me quieres.

He terminado, debo cumplir mi promesa.

Damián Isaac Hernández Pérez

[<<Voltaire Alighieri>>]

Preparatoria 12

La belleza despertó al alma

Tú eres mi vida, mi alma, mi interruptor,
mi plan de contingencia.

He visto tu cuerpo curvado e infame como los canales
[de Venecia.

Mi sed se considera un pecado,
una sed que solo con orgullo puedo saciar.

Quiero que el mundo goce del gran banquete,
degustar todos los orificios del cuerpo.

La gente no entiende lo real de nuestros sueños,
me han insultado de múltiples maneras cuando estoy
[contigo,

pero yo te he dado la oportunidad de volver a vivir.

No la desperdicies.

Solo te pido un favor,
ayúdame a cruzar por tus entrañas,
sé mi Virgilio y crucemos tu averno interior,
lleguemos a ese amor que jamás veré ni tendré.

Perdido en el umbral

Heme ahí, perdido y confundido,
entre las altas hierbas de tu corazón,
el burbujeante sonido del agua
cayendo por tu mejilla hacia el suelo.

Me muevo con dificultad,
atravieso cada una de tus ramas chorreantes de sangre.
Estoy en el umbral del río Arno,
entrada de temor para muchos,
una puerta de esperanza y amor para mí.
Veo la diminuta balsa,
que emana de ti un hedor placentero a mis sentidos.
Subo y entro con delicadeza,
ahí el barquero de los canales de Venecia
levanta su delgada y sucia palma.
Yo le doy mi bien, mis monedas de oro,
a cambio de llegar a tu profundidad.
No me importa lo que me pueda pasar
con tal de verte una última vez.
Él me lleva dentro de su santuario,
en dirección a las puertas del no retorno.
“Perded toda esperanza quien ose entrar aquí”.
¿Esperanza?, eso se perdió hace años.
Entro al lugar más temido por el hombre,
el lugar más obscuro y ansiado para los viles como yo.
Las puertas se abren y el sueño comienza.

Aguas turbulentas

Las aguas se agitan turbulentamente a mi alrededor,
intento calmarme,
me llevas con un movimiento sutil pero tenaz.
En el primer eslabón
dejo mi barca para caminar por un camino húmedo,
duro, dentro de la caverna.
Camino tranquilo y relajado
hasta llegar a escuchar los gritos de mis hijos,
amigos y hermanos, suplicando ser salvados,
no quieren morir, quieren nacer y tener una bella vida.
Pero mis actos están en su contra,
paso al lado de ellos,
temeroso llego al siguiente peldaño de una escalera
[de caracol.

La vista no es nada grata,
se pelean por un lugar en ese líquido viscoso.
Me miran fijamente mientras paso por el costado,
intentan acercarse a mí, pero es en vano.
Llego al siguiente peldaño, cerca de tu saliva genital.
Soy consciente de los daños que haré,
pero ya no importa nada, el futuro es vano para mí.
Las cabezas se mueven, suplican nacer,
tener un espacio en este plano.
El monstruo ctónico se abalanza hacia ellos.
Elige al más cercano, esa es su víctima.
Él me ve con rabia y celos, no lo elegí a él,
no estoy listo para semejante acto.

Salto hacia el abismo

Estoy llegando al punto más impuro y duro de ti,
sé que es imprudente, que no estás del todo de acuerdo,
pero es un riesgo que tomaré si es necesario.
Los monstruos bajo la capa gris se esconden para no ser
[descubiertos,
saben que soy su perdición porque no los dejaré pasar.
El lugar más helado
es el más caliente de este sitio.
Con duros vientos los veo.
Sus cabezas yacen bajo una capa blanca
esparcida por el gélido suelo,
se disipan en mera humedad.
Es inmenso, un ser de un tamaño incalculable,
una reina esclava de otra más grande.
En ese caso, tú, tú eres la reina de este juego de sombras.
Alzo mi mano hacia su maloliente boca y la abro
[fácilmente,
entro, mi último salto hacia el abismo,
Dios y tú saben que he caído ante tus pies.
Suenan tonterías, pero es belleza.
Nunca te había dicho lo bella que eres,
solo te falta actuar,
sanar la falta de conocimiento,
darle a este mundo la paz que se merece.
Por eso te he elegido a ti,
mi plan de contingencia.

Isaac Eduardo Hernández Salas

[<<Yayo>>]

Preparatoria 12

Luna de papel

Dulce día,
sobrio de otoño.
¿Quién soy yo para soñar? ¿Quién soy yo en el mundo?
Tan solo alguien que escribe para sí mismo.
Tan solo un niño escribiendo de sus miedos
y sus fantasías,
viviendo sobre papel,
soñando desde una mesa estelar.

Escúchame, tierra, estoy sobrio,
pero con los ojos perdidos.
Separo los problemas de mi mente y corazón,
aunque no de mi cuerpo.
Mírame, tierra,
estoy contaminando el mundo.
El humo sale de mis cicatrices,
tengo las mejillas moradas.
Tierra, tú que lo sabes todo, atiende mi llamado.

No sé quién soy,
pero sí quién quisiera ser.
Al escribir, busco la luna sobre el papel,
busco una forma de conectar el Pacífico con el Atlántico,
aunque no estoy en Centroamérica
ni soy un dios para mover la tierra.
Solo quiero ser un poeta.
Dime, Huidobro, ¿acaso podría ser un dios?
Respóndeme, Sylvia, ¿por qué estoy triste?
Ahora entiendo tu partida.

Si pudiera,
conectaría los océanos del mundo
con palabras de poeta.
Mientras tanto, busco mi alma frente al espejo
y a la luna sobre el papel.

Náufrago espiritual

Tengo semillas de manzana,
semillas de manzana en mi garganta.

Se quedaron ahí
después de tu último beso.

Tengo semillas de manzana entre mis dedos,
semillas de manzana entre mis dedos,
desde que me tomaste de las manos.

Tengo semillas de manzana en mis ojos,
semillas de manzana en mis ojos,
por haberte visto en la penumbra de tu desnudez.
¿Quién soy yo para hacerte el amor si solo puedo tocar
[manzanas?

Mis dedos recorren las imperfecciones de una piel roja.
Mi lengua recorrió, lamió y tomó el jugo de ese fruto,
piel seca, piel roja, jugo de manzana.
Toqué tu interior después de conocerte.
Ahora estoy infestado de semillas,
una nueva forma de vida crece en mí.

Tu cuerpo fue un mapa de búsqueda.
Jamás encontré el tesoro, no encontré el corazón. No.
¡Jódete, Benedetti! El amor que describes no existe.
Solo he encontrado unas insípidas semillas.

Pues bien, aquí está el trato:
después de no hablarte

devolveré tus semillas pegadas a mi alma.
Es verdad, no he dejado de amar al náufrago espiritual.
Simplemente, he dejado de molestar.

En las sombras

En las sombras de la lluvia
yo era el viento imprescindible
en tu mente, en tu alma, en tu cuerpo.
Tú, la llama incontenible que encendió mi deseo de amar.
Juntos éramos la lluvia torrencial.

En las serenas noches
en que Guadalajara durmió, encendimos las estrellas,
tu cabello salvaje revoloteó como las flores al fuego.
Nuestras almas se fundieron en una,
nuestras manos se entretejieron, mis ojos se hicieron
[ovillos.

Cada noche que te entregué,
cada embriagante luna que nos bebimos,
fueron las noches en las que morí.

Así que ahora abandona a mi cuerpo sin vida.
Toma mis manos, llévalas a mi pecho,
aprieta con fuerza donde palpita, sácame el corazón
y, mientras aún bombee,
escribeme la carta más sincera de amor.
Dame por fin la paz.
Incinerame, mi cuerpo,
que yo te esperaré del otro lado, en la sombra de la lluvia.

Belladona

Radiante luz de sol,
huérfano de la vida,
tú que estás viudo de existencia, dime
¿qué tendría que dar para no dejarte?

Escucha los latidos de mi corazón.
Encontraré tu alma
y aquellos árboles de sicómoro que dejamos en el pasado,
aquellas tristes pero relucientes gotas de un océano
[existencial.

Dulce aire, acaricias mi espalda porque no hay nadie más,
pero ¿es la tierra mi madre?

Respiración profunda.
Uno, dos, tres toques llenos de maldad,
¿dónde has quedado?
Sabes que no puedo hacerlo sin ti, sin tu ayuda,
con el corazón en la mano y un semental atravesado.

No sé quién es dios.
No tengo idea de qué murió,
pero revolví mis palabras para creer en alguien.
Así que no me hables de quien no conozco.
¿Hablo con alguien?

Rojo cuerpo astral

Cuando moriste, las estrellas se pintaron de rojo,
el rojo más oscuro y angustiante
disminuyó el hidrógeno,
ellas sabían que había muerto una de las tuyas.

Envuélvete, hagámonos uno solo.
Pierde la cabeza, fuma, pierde, gana.
Ríe, sueña, traiciona, come, desecha.
Anestésiate, escribe, lee un libro, mira.
Prueba, corre, trota, camina, agáchate,
goza todo eso en ocho minutos,
que es lo que dura una estrella en morir.
Bajé del cielo para vivir
y ahora regresaré con las estrellas,
con mis amadas luminosas,
como un dios viviendo en un mundo que no me odia.

Llora, sufre, trágate tus palabras.
Corta la punta de tus dedos, abofetea, CORRE.
Respira, maúlla, ladra, escribe, sé un dios.
Sé un dios. Sé dios. Sé un dios. Sé un dios.

Daniel Ogazón Apolinar

[<<Mesk>>]

Preparatoria 12

Mercado de epitafios

Manos técnicas las llaman maestros y demás,
pues, oh, ensayos y crudezas son lo único que conocen,
tecnicismos y participios me llaman de las hojas
bellas a nada,
frascos con medicina y aburrimiento son para mí y otros,
pues, oh, maestros del pasado,
envidia su vida y muerte, pues se llevan consigo sus
dones.

Augusto de Venictor:

*Esposa mía y madre mía, para hijos dadora de vientre
[y para mí dadora de placer,
que ningún hombre te robe de mí el placer.*

Letras ni tuyas ni mías y de caminos con ellas sembramos,
[por igual,
ni tierras creciste, granjero, ni caballos pariste, ganadero,
desollamueertos me llaman,
rimas muertas sin gracia ni alegría,

más suerte
de la esposa robando lenguetadas tendrías,
vacío y vacío de pintor escritor de páginas vacías,
que tú traes y llenas y siembras con cuerpos de versos
calcinados,
carcomidos,
olvidados,
añejos y putrefactos.

Stepan Morozov:

Llamándote estepa estéril y llana, mentiras dieron, pues
[a mí vida me diste, madre mía,
mi cadáver dejó y que este
en recuerdo
una luna deje.

Sollozo, sollozo, madre estéril que roba a los hijos
[de otras,
pues eres socavón, dicen los *papyrus invictus* de estrellas
[muertas.

Arlequín seco y sin chistón,
en un mar muerto podrías público mejor atrapar, pues me
[bañan con eso
larvas y sanguijuelas de diez y ocho pestaños.

Cegador de rimas me llaman paredes de pieles muertas,
muerte y huesón de estruendos de amor y de vacío
[callejón,

pinturas de tintes y lienzos viejos y sin corazón,
¡mirándonos quedas tú, oh, cegador de frutos nuestros!

Bramidos y pujidos de paredes,
sin el rostro de nacimiento y madres escorpión,
¡que se acabe esto por Dios!

Isaac Du Rio:

*Mi lápida no la quiero con ángeles, pues llorarían, ya que
[no habría de venir alguien que me llorase.*

“Tu lápida es una”, me gritan,
“una de olvidos y truenos”, siguen gritando.
Oh, vienen como toros bramando por mi sangre
roja como el daño que hago,
como el olvido y robo que yo mismo provoqué.

Y acabo solo,
solo en el mercado de los epitafios, pues
de ahí fue donde aprendí todo lo que usé
y aquí,
sobre mi propio epitafio,
mi vida acaba.

—Sin nombre—

*Aquí yacen si no
mis ilusiones
cantos y al final
mis robos.*

La fuente de los héroes

El héroe marchaba y marchaba
dando una gota de sangre por cada dos pasos,
que su cabellera de justicia y túnica de integridad
fuesen capaz de darles sueños a los niños
y de su blanca sonrisa
los panes ahora sabrían mejor con harina del otro lado
[de la colina.

Treinta gotas se hacían
y uno caía,
noventa,
y dos más caían.

En los pueblos, de los pies de la colina,
donde los niños juegan a volverse aventureros del mundo,
a buscar tesoros y leyendas, a ser valientes acabando
[con la vida
de aquellos que buscasen perjudicar el cielo de
[sus abuelos,
raíces ellos echaron.

Cuando los aires de la guerra se asoman, volviéndose
[en caballeros de brillantes trajes,
con cañones de mano, buscando el blanco
[de los enemigos de todos,
los viejos panaderos, los ciegos tenderos de la metralla

[y los débiles granjeros
protegidos ahora serían.

Tres y uno más caía,
nueve y gritaban dos,
el que lo amó como hermano e intentó salvarlo
y el otro que quiso sacrificarse por el primero.

Once años y nadie desaparece,
doce y los veo prepararse,
quince y dieciséis
aprendiendo a buscar con lujurioso sentimiento
la sangre de los del otro lado de la colina,
con los ojos de los rapaces en mano
y voces distantes en la otra,
dieciocho y estoy rodeado de monstruos,
se llamaron Joaquín, Alejandro,
maestros de los versos,
un mes aquí y lo único que componen
son las más hermosas súplicas de piedad,
Joel y Aarón
con panes hacían orgullosos a sus padres,
ahora cernir los montes con el olor a la carne quemada era
[lo único que sabían.

Y sesenta gotas más,
por nosotros mismos ofrecidas,
de pequeños charcos cubrirán las montañas y se volverán

[una fuente,
la de los héroes,
entonces, los niños conocerán su vida y obra,
y listos estarán siempre para acabar con quien tenga
[una mejor harina
y haga un mejor pan.

Ahora yo rememoro mis días
con todas las gotas
que no se volvieron más que un pequeño charco,
imposible de distinguir de la fuente de aquel
[que llamamos campeón, salvador,
libertador, amigo,
hermano,
caudillo
y héroe,
donde ahora se llora por su cuerpo intangible,
por sus hazañas pintadas,
las limosnas en las tazas de las viudas,
sus rimas de muerte
y su retrato manufacturado
de huesos
y pieles de otros.

Mi olvido

De la nada llegan y me acogen,
recuerdos de muchas botellas atrás surgen y me llenan
incluso desde antes de que a ellas las necesitase.

Se vuelven la lluvia de desierto,
los animales se acercan al manantial que por milagro nace,
por capricho,
y por instantes me fundo en su abrazo.

Ellos me arrebatan la caída de una colina,
la cual se alzaba imponente y con cariño en el valle
[de Olivia,
que lo cubrió totalmente.
Ahora olvidados son.

Los cariños de mi madre vuelven
en la casucha de menos de un cuarto,
sobresalen el amor y el afecto,
el viento llega y un huracán nace de sus fauces
indomables y rabiosas como la bestia que acabó
[con un médico
nacido con bendiciones,
se los llevó lejos de mí.
De sus restos nada me quedó.

En la montaña más bella
de un nombre que pensé nunca olvidar cómo amarlo,

ahora lo odio.

En ella se mecían praderas de tonos castaños,
en invierno esponjaban las plantas y en enero
ellas sudaban,

ahora queda una llanura estéril blanca

donde antes la nieve me arrulló

y que ahora nunca más me amaría,

me abrasaba con un beso gélido

como el último que le di a mi amada

y ahora

que nunca baja de la cúspide

la odio.

De aquella casucha nada quedó

ni recuerdos ni ladrillos

ni negocios ni hogares.

Únicamente, el árbol de nombres

donde el médico y madre y montaña no han sido

[olvidados.

El nombre de aquella montaña

por mucho que lo resienta,

un nombre y hombre que me causó repudio,

y ahora

lloro todas las noches por su olvido.

Y me lamento,

me lamento por los panes que no podré volver a comer

y que nunca nadie recordará que fueron amados,

me lamento por lo poco de mí que será olvidado, pues

por mucha luz que busque parecer
no soy nada más que medio instante.

Árbol de nombres,
nunca me olvides.

Tierra de alguna vez,
si pudieras oírme,
añorar ni lo intentarías.

Pozo donde empujé a mi hermana,
pues me robaba mi existencia,
jamás abandones el sabor de aquella virgen.

Lápida de madre,
no desconozcas tus lágrimas derramadas por mí.

Árbol de recuerdos que con tus hojas te meces
en una brisa tranquila del último diciembre
de la montaña más hermosa que pude amar.

Que ninguna lluvia borre mi sangre,
es lo único que quedará.

Ruido de los ciervos

¡Ay de mí!

Padre mío, partiste y un rocín y un semental gallardo
[me dejaste.

Hermano mío, que con casa se quedó.

Madre mía, que con tierras y hombres terminó.

Mi semental yace ante mi hogar,
uno tomado de mis tíos y primos.

La frágil Sarita era muy jovencita y tímida.

Y, por mí, la piedra vino hacia estas manos, la gentil brisa
[fue lo último que quedó.

Mi caballo gallardo
miedoso es, pues del riesgo lo aparté,
hermoso es, pues las mejores zanahorias le otorgué,
y limpio es, más que el rocín de tierra.

Mi rocín, qué pobre él,
tan feo y de un asqueroso ver,
con fervor lame mis botas,
y con amor espanta a las moscas.

Esa noche vi un socavón,
el rocín grita,
mi semental sufre, pienso yo
y corro con fuerzas.

Aquel pobre diablo se hallaba a morir, mientras
[que mi semental
se fue a la calidez de mi hogar.
Tan pillín mi corcel que,
por accidente,
la puerta hizo cerrar.

Un lobo se avecina,
el rocín se interpone en su ataque y da fin a la bestia
y a sí mismo.

Mi semental está caliente y hambriento,
tal vez con el cuero del rocín
haré una cobija a mi caballo adorado.

Silvia Ximena Ramírez Montes

[<<Alba Beatriz>>]

Preparatoria 12

Mito

No me comas,
no me consumas,
Kronos falso. Kronos de amor.
Amor de padre. Padre falso.

Rey Kronos,
azul, frío y distante,
te aseguro que no eres malo,
solamente incomprendido.

Ignora la quietud
en ti hecha por mi silencio.

Ignora mis sonrisas
fabricadas para ti
(de mi fábrica a tu buzón)
(de mi molde a tu buzón).

Pregunta más allá de lo aparente,
¿es que hoy has dolido?
¿Es que sigues siendo feliz?

Conóceme en mí,
jamás en tu pasado
o la vieja fotografía,
en un pueblo perezoso
o los kilómetros antes recorridos.

Olvida que un día tuviste mi edad
porque nunca has tenido mi vida.

Atraviésame a mí en mi nombre
y en él y conmigo a tu madre,
a ella perdónala tarde
y a mí entiéndeme ahora.

Atraviésanos juntas,
deja de temernos,
venus, en nuestro perdón sincero
y en nuestra femenina verdad.

No me encasilles.
No me desilusiones.
No acabes tus dichas en mi libertad
y no adivines lo que pienso.

Pues, si he nacido, es para morir.
Si algo gano, es para perderlo.
Si trabajo, no muero.
Y, si he de aprender, caeré.

Aparta, pues, tu reloj de la mesita.
Cierra tu pantalla y mírame a los ojos.
Te ruego no me asumas en tu persona.
Conóceme antes de amarme.

No me asumas.
No me niegues.
Sábeme en tu corazón,
no soy tú, soy tu afecto.

Migra

Uno vuelve y vuelve.
A la infancia, vuelve.
Al núcleo, vuelve.
Al hogar, vuelve.

El corazón se remueve.
Ahí te reciben.
Ahí de donde eres.
¿Dónde es que perteneces?
Dónde, dónde.

No me lleves a casa,
que no es mía,
es de ellos, y no soy recibida,
ya no más.

Tu mejor chica americana,
morir a tu lado.

Si ahí perteneces,
¿serás degradado?

Dónde, dónde.
¿Dónde serás recibido?

¿Norte? ¡Arriba!
Allá hay una mejor vida.

Allá, arriba, está el cielo
que en todos lados miran.
Allá, arriba, no hay lucero.
Allá, arriba, a la deriva.

Allá,
arriba,
deriva,
hay un río.

El mismo río que se ríe de mí.
El mismo río se ríe, vuelve a mi hogar.
El mismo río, el que me recibió,
el que se mezcla con agua de mi agua,
el que me refresca la piel.
El que me recibe, me refleja.
Ese río hoy de mí se ríe.

Sandro

Te pienso carismático y sensible,
así como tú eres,
ni una gota irascible,
involucrado, presente,
aunque no frunzas el ceño.

Sandro,
sabio,
sabino,
sincero.

Te imagino y es hermoso.
Imaginarte es mi presente,
imaginar que te amo.

Te cocino en mi conciencia.

Mi corazón no te clama,
le gusta tu espíritu.

Mira mi paisaje,
sol,
belleza.

Porque puede ser,
sería fácil que fuera,

cabello rizado,
piel morena.

Ojos negros.
Idioma sin letras.
Miradas de canciones,
vientos violetas.

Quiero amarte.
Que en ti amanezca.

Cuento

El cuento como una pelea de box

María Gabriela Camberos Luna

Me costó mucho trabajo escribir esta introducción. En un principio me vi tentada a hablar desde la academia y explicar qué es un cuento. Iba a exponer que, según Julio Cortázar, debía ser breve, tener ritmo, gozar de intensidad, tocar temas significativos y, por si eso fuera poco, construirse de tal manera que, si habláramos en términos de box, pudiera dejar tirado en el *ring*, noqueado, a su lector. Pero los cuentos son tan escurridizos que no se dejan describir tan fácilmente de esa manera; si intentamos hacerlo, los encorsetamos y corren el riesgo de asfixiarse. Uno creería, entonces, que es mejor abrazarlos despacito, con las pestañas, y leerlos entrecerrando los ojos; pero la verdad es que no hay cuento que se pueda leer de la misma manera que otro. Hay cuentos que deberían leerse de pie, listos para escapar tan pronto como la historia nos mueva a ello; otros, con la luz prendida para que la angustia no nos envuelva en la oscuridad; otros, mientras tomamos agua de jamaica para que, cuando soltemos la carcajada, decoremos los manteles y, por último, otros, con una caja de pañuelos al lado para poder limpiarnos la nariz y las lágrimas mientras leemos, quizás identificados, quizás conmovidos.

Como era difícil definir un cuento, quise explicar en qué consiste el oficio del cuentista. Busqué un poco por la red y

me encontré con una definición de Wikipedia. Curiosamente, el cuentista que se definía ahí correspondía a un espía profesional, un agente de inteligencia que se encarga de generar y propagar falsedades. El oficio del cuentista, pues, como sea, se orienta a la ficción, sin importar qué tanto de su historia personal se involucre en la trama.

Los cuentos que conforman esta selección, al igual que todos los cuentos que participaron en este concurso de escritura, lograron meternos al *ring* y no nos dejaron a salvo de los golpes. Cada uno de ellos es producto de su tiempo, nos interpela y nos sacude, nos hace notar cuáles son las preocupaciones de los jóvenes de estas generaciones. Encontramos sentimientos de desamparo, de tristeza y de dolor. La muerte, la violencia, la soledad y la angustia son temas constantes, algunos entrevén la posibilidad de la esperanza y solo uno, en esta selección, se atreve a jugar y reír.

Seleccionar los textos no ha sido tarea sencilla. Tuvimos que pasar por varias peleas, soportar que nos noquearan a la manera de Cortázar y dejar que, como buenos propagadores de falsedades, nos envolvieran en las historias mientras disfrutábamos del uso del lenguaje.

En esta ocasión no hemos salido indemnes y celebramos que así sea, porque la escritura, entre todas las funciones que puede tener, necesita ser un espacio de libertad, de posibilidad transformadora y motivo de esperanza.

Mia Desireé Barajas Alvarado

[<<Fleur Key>>]

Preparatoria 17

Sueños proyectados

¿Te ha pasado que tienes un sueño demasiado real? Ya sabes, ese tipo de sueño en el que escuchas, hueles, sientes el ambiente... para segundos después despertar en tu habitación completamente solo. Pero, claro, solo son sueños, ¿no?

Lo siguiente que estás por leer puede que creas que solo son eso, sueños vividos, y no te culpo, solía pensar eso al principio; probablemente, si no me pasara a mí, pensaría que es falso.

No recuerdo exactamente el momento en el que estos sueños empezaron..., creo que siempre han estado presentes en mi vida. Siempre he tenido estos sueños, en mi niñez no eran comunes, se volvieron más recurrentes después. En este extraño sueño tengo un largo vestido blanco, nunca he tenido uno así, voy totalmente descalza, pues puedo sentir mis pies contra el pavimento frío al principio del sueño, tomo un poco de vuelo y brinco sintiendo el aire mover mi cabello suelto.

Probablemente, me elevo a una altura de uno a dos metros, es extraño... , en este sueño no puedo dimensionar realmente la distancia.

Solo floto recorriendo una calle que está a tres cuadras de mi casa, la casa de mi infancia. La recorro en silencio.

Podría considerarse un sueño normal, pero cuando voy flotando de vez en cuando puedo ver a personas asomándose por la ventana, con los ojos totalmente abiertos, como si su cerebro no pudiera procesar mi presencia. Ha pasado que perros me ladran o gatos inmóviles tranquilamente me miran, sin quitarme los ojos de encima.

De hecho, tengo una amiga que vive en esa calle, ella se mudó hace apenas cinco años, coincidió con que entramos a la misma universidad. Mi amiga Jen y yo desde el principio formamos una amistad, además de que compartíamos la misma carrera, teníamos mucho en común, siempre estaba con ella. Mis padres llegaban cuando yo estaba dormida, así que, si no estaba con Jen, estaba sola.

Días atrás fui a desayunar con ella y su madre. A pesar de los años de amistad, no conozco a su hermano, pero tampoco es como que tenga curiosidad por él.

Estaba leyendo algo en mi teléfono mientras Jen hablaba con su madre.

—Oye, Jen, ¿crees que sea verdad lo que dijo tu hermano? —su madre preguntó. Jen soltó una risa sarcástica negando con la cabeza.

—No lo sé, tú lo viste, estaba bastante asustado —comentó ella. Esta vez no pude aguantarme, así que decidí preguntar.

—¿Qué vio su hijo, señora? —Ella estaba a punto de contestarme, pero Jen interrumpió.

—¡Solo es algo sobre una historia de terror que hay aquí en la calle, vives aquí desde pequeña! ¿Jamás has escuchado leyendas? —Negué, genuinamente jamás había escuchado algo así—. Dicen ver a una mujer que flota con vestido blanco, creo que es pura sugestión de la gente.

Vinieron a mi cabeza los sueños. Este recuerdo se presentó como si volviera a sentir el aire frío de la noche. Pero, no, era imposible que un sueño se proyectara en la realidad de esa manera. Me estremecí al pensar en esa posibilidad.

—Oh, ja, ja, ya veo. —Reí inquieta. Vi que se abrió aquella puerta que nunca había visto así en mis años de amistad con Jen, era la entrada al cuarto de su hermano.

El chico salió adormilado directo a tomar un vaso de agua. Yo tomé mi celular de la barra. Tras beber, parecía más despierto. Su mirada se posó en mí por un segundo, por alguna razón puso cara de recelo, dejó el vaso sobre la encimera y entró directamente a su cuarto. “¿Qué acaba de pasar? Ni siquiera lo conozco o algo así, qué reacción tan extraña”, pensé.

—¡Oye! —gritó Jen a su hermano.

—Ese... —Negó con la cabeza y luego me miró a mí.

—Perdón, normalmente él no es así de grosero.

—No hizo nada malo —contesté levantándome del asiento—, pero ya me tengo que ir a casa, Jen, ¡te veré mañana! —Ella sonrió. Salí de su casa, necesitaba salir.

De camino a mi hogar, recorrí el mismo trayecto que hacía en las noches, pero esta vez de día, no podía creer que

conocía cada pequeño detalle de cada casa. Tenía años sin pasar por aquí físicamente, a pesar de que Jen es mi amiga desde hace mucho tiempo, casi nunca iba yo a su casa. Después de ese día, le pedía que nos reuniéramos en mi casa, yo realmente no quería pasar por esa calle voluntariamente.

Una noche estaba reflexionando hablar de eso con Jen, pero me quedé dormida sin darme cuenta, pues estaba muy cansada. Esa noche no fue tan diferente a las demás, estaba en el suelo, tomaba vuelo, brincaba y recorría la calle.

En el sueño vi la casa de Jen tal como en la realidad, vi la luz del cuarto de sus padres encendida, los perros de los vecinos empezaron a ladrar a más no poder. Fue entonces cuando corrieron un poco la cortina, la madre de Jen se asomó, sin entender qué pasaba, sus ojos temerosos se posaron sobre mí, fue la mirada más asombrada y atemorizada que he visto en mi vida.

Se supone que el sueño debía seguir, pero era la primera vez que me interrumpían y me levanté agitada. “Es solo un sueño”, pensé. Eso me repetí toda la mañana, pues no pude dormir.

Fui a la universidad y, de todas las clases que tenía en común con Jen, ella no fue a ninguna. No me respondía. Un compañero me sacó de mis pensamientos.

—Dale mis condolencias a Jen, por favor —comentó serio. Fruncí el ceño.

—¿No supiste lo que le pasó a su madre? —Negué, pues no sabía nada, pero, al escuchar eso, supe a qué se refería y lo notó por cómo cambié mi expresión.

—Hoy en la noche habrá un funeral en su casa. —Sin más, se fue.

Salí corriendo primero a mi casa y con muchos nervios fui a la de ella... La puerta estaba abierta. Lo peor fue la sensación de pánico que tuve cuando vi a todos vestidos de negro. En la fachada había algunos hombres fumando, otros niños estaban sobre la banqueta, pero sabía que adentro no se vería ese tipo de calma. Caminé sintiéndome fría ante el lúgubre escenario en el que estaba. Busqué entre tantas personas con miradas tristes. Encontré esos hermosos ojos inconfundibles. Ella lloraba con sus manos sobre el ataúd, me reconoció de igual forma, cuando hicimos contacto visual, sentí una eterna ira de su parte. Todo ocurrió tan rápido que no me di cuenta de cuándo Jen corrió hacia mí.

—¡Tú!, ¡bruja perversa! —gritó a todo pulmón tomándose de los hombros, luego me arrojó con gran fuerza al suelo. El golpe me aturdió por completo, en realidad toda la situación me agobió. No hice absolutamente nada para defenderme, no sabía qué estaba pasando.

—¡Tú mataste a mi madre! —Me pateó con tanto rencor...

Su hermano la tomó de la espalda, abrazándola para que ya no me golpeará más. Él también me dirigía una mirada de rencor y recelo.

—¡Yo no soy una bruja, Jen! ¿Qué te pasa? —hablé con la voz quebrada.

—¡Lo eres! —Guardó silencio rompiendo en llanto.

—Dime una cosa, por favor, ¿por qué recorres la calle flotando? —Ella esperó mi respuesta. Me quedé callada y supongo que eso lo decía todo. ¿Qué cosa le podría decir?

—¡Lo ves! No puedes negarlo, porque mi hermano ya te ha visto dos veces, y, cuando mamá se desmayó, gritó y demasiados perros ladraban, había alguien cerca y eras tú. —Lloró y de nuevo intentó irse contra mí mientras yo la miraba desde el suelo.

—¡Dime por qué! —gritó—. ¿Acaso te hice algo yo? ¿Mi madre te hizo algo? Siempre fuiste bien recibida. —Se acurrucó abrazando a su hermano. Yo... solo quería explicarle.

—Yo no tengo control sobre eso. —Ella escuchó, pero me ignoró completamente.

—Por favor, vete —me dijo su hermano.

Yo me levanté dejando la dignidad en el suelo, en esa casa, en esa calle. Corrí hacia mi casa a encerrarme. Me arrojé hasta el tope de cobijas y lloré hasta quedarme dormida. Esa noche también soñé, pero algo diferente.

En el sueño profundo una luz me cegó haciendo que me doliera un poco la cabeza. Cuando esa luminosidad finalmente se desvaneció un poco, pude ver que estaba en una estación de tren, la gente pasaba como una sombra borrosa y subía a uno que acababa de llegar. Cuando ya no había nadie, solo esperé a que el vehículo se fuera, pero en vez de eso no avanzó hasta que llegó una mujer. Era la madre de Jen. Yo estaba cien por ciento consciente de que ella estaba muerta.

Me sentí contenta de verla, pero también triste sabiendo la realidad; en cambio ella parecía feliz. Antes de subir

al tren, me miró con una sonrisa muy grande y se despidió agitando la mano. Subió a la máquina y se cerraron las puertas. Antes de que avanzara, pude ver por la ventana que me dio una mirada bondadosa, una sonrisa mientras colocaba su mano sobre el corazón.

Jorge Loza Olvera

[<<lzanagi>>]

Preparatoria 18

Tengo que irme ya

Tengo que irme ya —dije mientras me levantaba del suelo y ponía mi mochila sobre mis hombros.

—Muy bien —dijo ella que se levantó al mismo tiempo que yo.

Dicen que el amor de hoy en día no lo es como tal. Que lo que sientes por la otra persona no es más que dependencia. En el fondo, lo sabes, pero decides amar.

La tomé por la cintura y nos abrazamos, como siempre, pude sentir su gentil respiración cosquilleando en mi cuello. Sus brazos rodearon mis hombros amablemente, con la seguridad de no desear soltarme nunca. No la miré a los ojos, pero estaba seguro de que en ellos encontraría una excusa para quedarme un poco más.

—Te amo —dije en su oído, aún abrazándola—. Te avisaré cuando llegue a casa, ¿okey?

—Vale. Yo te amo más.

Cuando finalmente nos separamos, di media vuelta y comencé mi camino a casa, siempre me había gustado observar todo a mi alrededor mientras lo hacía. Al ser pri-

mavera, había muchas cosas lindas que ver. Siempre veía a los niños jugar en la calle después de salir de la escuela, aún con su uniforme puesto, mientras sus mamás les echaban ojo desde la banqueta fuera de su casa, echando chisme con otras señoras. Me gustaba ver la tienda frente al templo, que no estaba muy abarrotada, pero la señora que la atendía siempre le sonreía a cualquiera que pasaba por ahí. Cómo andar por esta calle sin ver a los mismos señores de siempre tomándose una cerveza banquetera justo al lado de un centro de rehabilitación, era gracioso. Siempre me encontraba al papá de mi amiga fuera de una tienda, era idéntico a su hija. Las luces de la calle se encendían a las 7:35 p. m., parecía que hoy iba tarde a casa.

Era una noche muy calurosa, tan rutinaria pero única al mismo tiempo. Lo sabía porque unas niñas me regalaron unas flores amarillas que recogieron de un maculís amarillo, ese árbol tan común por aquí. Les regresé una sonrisa y les agradecí. Las mismas dos personas de siempre me preguntaron la hora al pasar por el callejón más oscuro de mi camino. Levanté mi muñeca para ver mi reloj, encendí su luz y vi que eran las 9:47 p. m.

Había una calle que siempre me daba miedo atravesar por la noche, puesto que era enorme y muy transitada. Sin embargo, las prisas por llegar pronto a mi casa me empujaron a avanzar y cruzar al otro lado en cinco segundos. Al subir a la banqueta, una luz cegó por completo mi vista, levanté mi brazo para cubrirme y, al instante, la luz se fue. Debió haber sido algún niño jugando con una linterna o un coche que pasó. Qué maleducados.

Casi podía sentirme en casa, oliendo la comida deliciosa que mi madre hizo antes de irse a dormir, estaba deseando acostarme en mi cama y taparme con mi cobija de Batman que tenía desde peque. Mi gata siempre me esperaba en la entrada y me recibía maullando alegremente como diciendo: “¡Bienvenido!”. Era tierna. Pero algo andaba mal. De repente, el clima se volvió frío. El viento emitió un silbido escalofriante que me puso los pelos de punta. No había nadie por las calles. Sabía que era tarde, pero los alumnos de la escuela de box no estaban pegándole al costal que solo podía ver de reojo al pasar. Tampoco estaba la parejita de tortolitos de mi edad que siempre se encontraban en las bancas al lado de la paletería. Era como si todo se hubiese apagado. Por fin estaba delante de mi casa, pero ¿qué? La calle se extendía en dirección contraria alejándose hasta que la perdí de vista. Tal parecía que mi camino no había terminado aún.

Desde hace rato sentía que las cosas iban mal, aún no veía a nadie. De vez en cuando, me invadía un olor metálico como la sangre y sentía una especie de vacío en el pecho. Era bastante incómodo. No sabía qué era lo que pasaba.

Caminé durante varios minutos. Intenté ver la hora en mi reloj, pero por algún motivo se detuvo a las 9:54 p. m. No podía encontrar mi casa a pesar de que caminé en línea recta hacia donde vi que se escapó por última vez. Estaba cerca ya de la barranca, aquel relieve que delimita la ciudad, era un lugar precioso, sin duda, pero, después de vivir aquí toda mi vida, era solo una montaña más. Llegué al barrio más cercano a esta, solo había venido aquí un par de veces a caminar cuando me aburría. Era un vecindario nuevo y lindo,

por supuesto. Pero verlo tan sombrío y desolado me daba náuseas. Mi lugar favorito de este sitio era el mirador de la barranca que, durante la noche, daba una vista hermosa hacia el abismo, iluminado únicamente por luciérnagas. Era a donde me dirigía para buscar consuelo.

Al caminar hacia allí, pude ver que había una gran jacaranda de un lila brillante y hermoso que cubría el mirador. Al estar justo debajo, me di cuenta de que era más grande de lo normal, sus flores caían suavemente y formaban una especie de manto en el suelo, en el que no pude evitar recostarme. El frío había desaparecido, alrededor volaban unas pocas luciérnagas y todo fuera del manto del árbol se tornó difuso. Intrigado, decidí consultar mi reloj una vez más.

—¿Tus ojos no pueden ver que tu reloj se detuvo?
—dijo una voz que provenía desde las ramas del árbol, justo arriba de mi cabeza. Se trataba de un gato con esponjoso pelaje negro y unos ojos de un azul brillante.

—¿Quién eres? —pregunté alarmado, ignorando el hecho de que un gato me había hablado.

—¿Eh?, ¿quién soy?, bueno, soy un gato, genio. ¿Te gusta este lugar? —preguntó al mismo tiempo que se sentaba a mi lado, moviendo la cola de un lado a otro.

—Eh... —Dudé un momento—. Sí, es lindo, me da tranquilidad —dije por fin.

—Me alegra escuchar eso, pues no tuve mucho tiempo para prepararlo. Lamento haberte hecho caminar más de lo que debías, tus recuerdos son un lugar muy confuso, ¿sabes? Encontré este árbol en tu centro, así que decidí mostrártelo.

“Este gato conoce mis recuerdos. ¿Mi centro?, ¿de qué está hablando? Conque es el responsable de que no haya podido llegar a mi casa, ¿eh?”, pensé.

—Eres una persona muy interesante, Isa. Tienes un corazón muy grande pero despiadado al mismo tiempo. Las personas que amas son muy afortunadas —continuó el gato, interrumpiendo mis pensamientos—. Observas mucho lo que te rodea, tanto que llevas ignorando la sangre en tu ropa desde que tu reloj se detuvo.

“¿Sangre? Es cierto, mi ropa está manchada de sangre, mis brazos y piernas están llenos de raspones. No tiene sentido, ¿de verdad no me di cuenta? No tengo ni idea de cómo pasó esto”, cavilé.

—Sí, sí tienes idea de lo que pasó —afirmó el gato como si pudiera leer mi mente—. Intenta buscar en tus recuerdos.

“Lo hago, pero no entiendo nada. Quiero irme a casa, mi familia me está esperando, debo avisarle a mi novia que ya llegué, quiero dormir. ¡Me siento muy incómodo!”, pensé.

—Lo siento, pero no podrás irte a casa. Aunque desees fuertemente regresar, eso no quita el hecho de que ni siquiera pasaste de la mitad del camino a tu hogar —dijo el gato fríamente.

“¿Qué? Ahora lo recuerdo. La sangre en mi ropa, los raspones, la hora del reloj... Estoy muerto. La sangre que olía era mía. Esa luz que me cegó cuando crucé la calle corriendo era un auto —pude recordarlo todo—, después de eso, todo se apagó, todos se alejaron. No fue lo que me rodeaba lo que perdió la vida, sino..., sino que fui yo”.

—¡Felicidades! Por fin pudiste recordarlo —exclamó alegremente el gato—. Lamento quitarte tu pequeña victoria, pero debes partir ya, la brecha está por cerrarse.

—¿A dónde debo partir? Debo despedirme de todos...

—Debes arrojarte al enorme vacío que está frente a nosotros, ¿a dónde más si no? Y, bueno, si pudiéramos despedirnos de los que amamos al morir, en realidad, nadie se iría. No debes preocuparte, me parece que una amiga de tu hermana vio el incidente de tu muerte. Ella ya le avisó a tu hermana lo ocurrido, eventualmente ellas les dirán a tus amigos. Pero, bueno, puedo decirle a tu gata que no regresará para que deje de esperarte, pero no creo que se lo tome muy bien.

—Gracias, gato. Si de paso te encuentras alguna vez a las personas que amo, diles que las voy a extrañar.

—Por supuesto, si de alguna manera logran entender mis maullidos, ellas lo sabrán —dijo el gato, que se colocó justo a mi lado.

Pasé toda mi vida observando más que los demás. Encontraba belleza en los pequeños detalles que todos pasaban por alto. Sin duda, extrañaré el calor de la vida. Era curioso que, con lo que me gustaba mirar, no logré ver mi propia muerte. Ahora debía saltar a un vacío que no podía observar.

“Tengo que irme ya”.

Ángeles Giselle García Razo

[<<Gilian Garazi>>]

Preparatoria Regional de Atotonilco

Un ángel en el infierno

¿Creen en los demonios? Tus hijos suelen ser escépticos al respecto, si tan solo supieran que podrían toparse con uno a diario. Lo más aterrador de los demonios no es su apariencia, tampoco su poder, lo más aterrador de ellos es su habilidad para engañarte, son tan buenos en ello que algunas veces ni siquiera son conscientes de lo que son, escondidos tras una sonrisa que da confianza o una personalidad encantadora, pero... los demonios están tan absortos de su realidad que creen que tendrán la piedad de Dios..., de ti. Esos son los peores, aquellos que esconden su infierno entre cuatro paredes y luego saludan cordialmente un domingo por la mañana a las afueras de la iglesia, aquellos que son conscientes de los actos tan atroces que desquitan contra los pequeños e indefensos ángeles. Jamás te entenderé por crear este lugar.

Cuando la noche cae junto a su inmensa oscuridad, la luna sube asustada por su pan de cada noche, sabiendo que a esta hora la maldad se quita el antifaz y sale sedienta por sangre pura, la noche se expande y los monstruos duermen. Es

en este momento que puedo sentir todo con mayor claridad, hay un silencio tan ruidoso que hasta una hoja al caer puede asustarme. Yo tengo fe en que esa es la única cosa que me aterrará esta noche, pero mis sentidos se agudizan y no por una buena razón, pues hay pasos que se aproximan a la habitación, tan pesados y constantes que un nudo se forma en mi garganta. Tenía la esperanza de que esa noche la sangre de aquel ser de luz no sería tomada, ahí me doy cuenta de que me he equivocado. No todos los monstruos están dormidos.

La sensación de ese molesto peso en mi pecho aparece como una abrumadora angustia, la impotencia me invade y la desesperación toma por completo mi cuerpo, si tan solo pudiera hacer algo... Parar el tiempo, cambiar los hechos, pedir ayuda. ¡Al menos poder golpear a esa bestia! Pero no, no puedo interferir, así son las reglas; solo puedo ser esa sensación de alerta, esa intuición, la voz en su mente gritando que debe salir de ahí. ¡Todo es inútil! Ni siquiera hace falta que yo le dé aquella intuición de que algo malo puede pasar, el monstruo está tan cerca que sé que, al igual que yo, puede oír los pasos, todo esto es tan cruel. ¿A quién castiga el infierno? ¿Por qué pareciera que lejos de ser la justicia de las malas almas es un festín para sus repugnantes habitantes?

El pequeño está aterrado, puedo escucharlo hablar en susurros y quiero creer que no está haciendo lo que parece, me acerco para escuchar con mayor claridad y confirmo mis sospechas: está rezando. No puedo evitar sentir pena por él, ese pequeño de verdad espera ser escuchado, de verdad cree que hay alguien que va a ayudarlo, ese ser indefenso lleno de inocencia de verdad cree que aquel ser celestial

va a oírlo, que va a salvarlo, pero no es así... Tú no tienes tiempo de atender a todos, yo lo sé mejor que nadie, por algo estoy aquí, por algo hay tantos como yo, nos ocupamos de los más insignificantes de este mundo mientras tú tratas los asuntos importantes.

Crear para luego destruir.

Dar fe para después ignorar las súplicas.

Castigar sin un porqué.

No entiendo, juro que no lo entiendo, si los planes del señor son perfectos, ¿cómo es que ese humano que no ha cometido pecado alguno está pagando de una manera tan cruel? ¡¿Cuál es el propósito?! ¡¿Se supone que ir contigo al final del camino es un consuelo, señor?! ¡Por favor! He sido tu fiel servidor desde el principio, luché en tu guerra cuando quisieron pasar tu poder, jamás he cuestionado ni una sola de tus órdenes hasta ahora, solo quiero liberar a esta pobre alma. ¿Por qué no puedo hacerlo? ¿Con qué finalidad me enviaste entonces?

Fui tan idiota al creer que esto era un trabajo fácil, es decir, solo debía estar cerca del sujeto asignado, darle una punzadita en el pecho cuando esté por hacer algo peligroso, pero... ¡este pequeño no tiene elección! Él no tiene elección en si quiere o no ser el alimento de tan asquerosa y repugnante bestia, solo puede llorar desconsoladamente en esa cama, siendo carcomido hasta los huesos por el terror de lo que esa bestia hará con él... o lo que ha dejado de él.

Oh, no... La perilla de la puerta está girando, por favor, si tan solo pudiera hacer algo, la desesperación en mi cuerpo aumenta, así como las lágrimas en aquellos ojos perdidos.

La puerta se abre lentamente dando entrada al infierno mismo, la madera rechina de tal modo que a mí me provoca escalofríos y al pequeño un pánico profundo, está realmente aterrado. El monstruo cierra la puerta tras él y yo veo cómo el llanto y los temblores en el cuerpo del pequeño ángel incrementan; la bestia avanza a paso lento como si disfrutara ver el miedo en aquellos vidriosos ojos que no paran de llorar. La impotencia me inunda por completo, el pequeño grita desesperado, pero aun así Dios no lo escucha, yo estoy gritando con él. ¿Por qué tampoco me escucha a mí? Una vez más solo la abrumadora oscuridad de la noche y yo somos testigos de cómo ese demonio deja caer su infierno sobre el ángel más puro, cómo la injusta realidad toma un rumbo cruel como ya se hizo costumbre. El silencio ensordecedor desaparece y lo único que escucho son sus gritos cada vez más desgarradores, su llanto roto inunda el lugar, la infinidad de la tristeza que hay en él podría llenar los siete mares, pero no el corazón de Dios.

Ya no lo soporto, no puedo seguir escuchando esto, no puedo seguir viendo sin hacer nada. ¡Maldita sea! ¡Tampoco puedo ayudarlo por las malditas reglas! No puedo interferir... No debo hacerlo, pero esta tortura ya no es solo para él. El pequeño continúa rogando misericordia.

¿Por qué crear este lugar si después dejarás que las almas puras paguen por cosas que no hicieron? ¿Qué tan sádico hay que ser para meter a tus ángeles más indefensos en una jaula llena de demonios hambrientos? ¿Por qué les haces creer que los ayudarás cuando tú mismo los enviaste aquí? ¿Por qué nos mandas como sus guardianes cuando no

podremos hacer nada? ¿De verdad hay piedad o una gota de bondad en ti? Los hiciste a tu imagen y semejanza, ¿no es así? Ese pudo haber sido tu mayor error.

Cada lágrima que derramó, cada palabra que calló, cada noche que gritó, ¿no han sido suficientes? Que se jodan las reglas y que se joda el señor; si él no tendrá piedad por él, yo sí la tendré.

Tomo un bate que yacía junto a la puerta, el mismo que ese monstruo le regaló en su último cumpleaños como si no hubiera manchado su alma el día anterior, como si no fuera él la razón de su insomnio, como si él no hubiera sido quien apagó las estrellas en sus ojos. Me dirijo titubeante a la cama y, Dios, jefe, perdóname porque voy a pecar. Con todas mis fuerzas termino con aquella tortura, un golpe tras otro, gotas carmín salpican la pared celeste.

De nuevo hay gritos, pero han cambiado de dueño, dos almas podrán descansar en paz esta noche, pues una bestia ha sido desterrada del reino oscuro que un ser de luz creó.

¿Podrás perdonarme, Dios? Hice lo correcto de la manera incorrecta. ¿Es eso justificable? ¿Existe el perdón para mi pecado? Detengo los golpes al ver la cabeza deshecha, levanto la mirada y encuentro un par de ojos bañados en miedo, ¿por qué me ve así? Yo no soy el monstruo aquí, tampoco soy el héroe, he roto cada regla por su bienestar, he puesto fin a su tortura inmerecida; yo... estoy bañado en una sangre que corrió por las venas de uno de tus hijos, pero, por favor, entiéndeme; yo no soy la bestia aquí, ¿cierto? Por favor, no quiero que me vea como a él. Solo he tratado

de protegerlo, ese era mi trabajo, ¿no? Al menos ahora ese pequeño está a salvo y yo...

Bueno, en realidad sé lo que esto significa para mí, porque no estoy arrepentido y eso es lo que hace a un pecado imperdonable, alguien como yo no puede pecar, conozco el precio de hacerlo y estoy dispuesto a pagarlo.

De todas formas estas alas ya pesaban mucho.

Astrid Martínez Lares

[<<Lady Cotard>>]

Preparatoria Regional de Colotlán

El bautizo

Hoy es el bautizo de mi primo. Cumplió años hace dos meses y fui invitado para asistir a su misa.

Entrando al templo y cruzando por los asientos me doy cuenta de que está bastante vacío y solo puedo identificar a muy pocos de mis familiares.

Mi tía Rosalba me saluda desde su banca.

—*Hello*, sobrino. Mucho tiempo sin vernos, *right*?

Lleva puesta una boina y sus característicos lentes de sol. Su belleza es difícil de negar, pero muchísimas cosas le juegan en contra. Sus problemas de calvicie que la obligan a usar peluca y el que sea bohemia hacen que cualquier atracción que un hombre haya llegado a sentir por ella desaparezca. Y que no los engañe. No ha pisado Estados Unidos una sola vez en su vida. El inglés que sale de su boca solo son las pocas palabras que recuerda del curso al que una vez asistió y que, por cierto, reprobó.

La saludo y sigo de largo.

—¡Sobrino! —Mi tío Chuy me saluda desde otra banca. Hace mucho que no lo veo, pero lo reconozco en segui-

da, porque es el único hombre que conozco capaz de venir a un bautizo en *shorts*.

—Ah, hola, tío.

—Hasta que te dejas ver.

—Lo mismo puedo decir de usted. ¿Por qué estuvo desaparecido tanto tiempo?

—Oh, es una larga historia. Estuve en la cárcel —comienza a explicar para luego acercarse un poco, mirando primero a todos lados para asegurarse de que nadie más esté escuchando y luego vuelve a mirarme a mí—. ¿Sabes lo que es una calumnia?

—Mmm, pues fíjese que no.

—Te cuento luego, ahorita siéntate acá conmigo para ver al pimpollo que van a bautizar hoy. —Con su mano golpea la parte libre de la banca, invitándome.

Me siento a su lado.

Comienza a contarme una historia algo extraña sobre cómo había conocido a una de sus muchas novias. La verdad no le presto atención. Mi mente está ocupada con otra cosa, pues hay una persona que no soy capaz de reconocer. Es un hombre con un bigote curioso, bastante gracioso. No recuerdo haberlo visto antes, pero simplemente me encojo de hombros y vuelvo a lo mío. Supongo que es de esos familiares que te cargaron cuando eras un feto recién salido del horno y luego desaparecieron sin más.

Empieza el bautizo. La música suena y la pareja, junto con su polluelo, camina por la alfombra.

—Ay, mijito, sí *vinistes*. —La mamá, mi tía Verónica, se detiene para saludar cuando pasa por nuestra banca.

Cuando se acerca para estrujarme los cachetes, sonrío forzosamente.

—Sí, tía, ya hacía falta, además, ando con la tentación de ver qué nombre le van a poner a la criatura.

—Se va a llamar Rigoberto —responde el papá con gran emoción reflejada en sus ojos, casi como si el nombre fuera bueno.

—Ah..., no pues qué padre. Muchas felicidades.

La pareja sonrío y continúa con su camino, lista para empezar con la tan ansiada ceremonia. Después de los preparativos correspondientes, alistan al chamaco para meterlo en el agua bendita. La verdad en mis tiempos nada más te mojaban tantito, nunca había escuchado lo de meter al niño en una tina, pero ¿quiénes somos nosotros para juzgar? El padrecito sumerge al mugroso en el agua y todos nos mantenemos expectantes.

—*Ya khochu namochit' rebenka!*

Por alguna extraña razón entra un hombre con un sombrero extraño en el templo haciendo aspavientos. Todos estamos confundidos y nos miramos entre sí buscando una explicación.

—*Ya khochu namochit' rebenka!*

—*Excuse me?* ¿Qué dice este viejo?

—La verdad no sé. —Mi tío Chuy se rasca la cabeza también muy desconcertado—. Ni las mujeres extranjeras que metíamos a escondidas en nuestras celdas hablaban ese idioma.

—Amor, ¿por qué no me dijiste que invitaste a tu familia? —mi tía Vero se acerca hasta mi tío, su esposo, para preguntar.

—Pero no tengo familia, todos se murieron hace caleta.

—¿Y el señor con bigote chistoso entonces quién es?

—¿Qué señor con bigote?

—*Ya khochu namochit' rebenka!*

—Eso es ruso —comenta el padrecito bastante convencido.

—*Come on*, ¿un ruso? ¿Aquí? *Be serius*. —Mi tía Rosalba mira de arriba a abajo al desconocido y luego hace una mueca. Me río internamente porque no es como que ella se vista mejor.

—Disculpen —el hombre con bigote interrumpe, poniéndose de pie y teniendo la atención de todos sobre él—, yo sé algo de ruso. Soy bilingüe.

—¿Es ese el señor que me decías, querida?

—¿No lo invitaste tú?

—A ver, pues, si tanto sabes ruso, dinos qué ha dicho —mi tío Chuy reta al hombre de bigote mientras se cruza de brazos y recarga su peso en la pierna izquierda.

—*Ya khochu namochit' rebenka!*

Todos nos quedamos callados unos segundos, mirando atentamente a los dos hombres, esperando a que alguno diga algo.

—Oh, no. —El bigotón parece preocupado.

—¿Qué dijo? —pregunta mi tío Chuy.

—Dice que se opone.

—¿A qué se opone? Pues si no es boda esto.

—¿Por qué se opondría a un bautizo? —cuestiona el esposo preocupado.

—*Pochemu etot muzhchina takoy tolstyy? I pochemu on nosit shorty?*

—*And now?* ¿Qué dice?

—Esto es más grave de lo que creía...

—¿Pues qué dice o qué?

—Tal vez es mejor que no lo sepan.

—A ver, ¿por qué tanto drama? Suelte el chisme, no sea envidioso.

El traductor se queda callado unos segundos, mirando a cada uno de los presentes, pero deteniéndose más tiempo del necesario para ver al papá.

—Este buen hombre dice que se opone, ¡porque este niño de aquí es suyo!

—¿Cómo que suyo?, pero si el papá está aquí. —Señalo al esposo sin ser capaz de creer lo que acabo de escuchar.

—¡Verónica, explícame esto! —demanda furioso mi tío.

—No tengo ni la menor idea de lo que está hablando, ha de estar pedo.

—¡Ay, hermanita! Eres tremenda —dice mi tío Chuy mientras niega con la cabeza.

—¡Pero no estoy echando mentiras! Tengo bien clarito que a este no lo conozco.

—A lo mejor la que estaba peda eras tú y por eso no te acuerdas —comenta mi tía Rosalba—. ¿No dijiste que te habías acostado con un extranjero una vez? Recuerdo haberte escuchado decir que tenía buen abdomen...

—¿Qué son esos quemones, hermana? Habíamos quedado en un acuerdo.

—Ay, a lo mejor yo estaba peda cuando lo acordamos. *Sorry*.

—¿Entonces, Rigoberto sí es hijo de este señor?
—Ahora mi tío parece un jitomate de lo rojo que está.

—¿Le van a poner Rigoberto al niño? —pregunta el cura consternado—. ¡Válgame Dios!

—Mi amor, yo te puedo jurar que no topo a ese naco. Nunca en mi vida lo había visto.

—¿Pero sí te acostaste con otro?

—Mejor al niño pónganle Pinocho —propone mi tío Chuy.

De pronto el ruso comienza a hablar de nuevo. Parece mantener una conversación con el hombre de bigote, pero lo que nos preocupa a todos es que conforme hablan sus rostros cambian. El ruso habla de manera frenética mientras mira a todas direcciones y el traductor asiente varias veces, tragando saliva y limpiando el sudor de su frente.

—¿Qué dice? —pregunto sabiendo que no voy a obtener buenas noticias.

—Aparentemente, algo malo está pasando allá afuera.

—¿Cómo así?

—Ha dicho que vio hombres verdes y desaliñados andar por las calles —comienza a explicar el bigotón—, dice que se estaban atacando entre sí como si quisieran comerse entre ellos.

—*Wait*, paren el tren. ¿Habla de zombis? ¿Cómo los de las pelis?

—Pero si antes de venir todo estaba normal. —Todos asienten ante mi comentario.

—¿Van a desconfiar de un extranjero? —El hombre de bigote chistoso nos mira a todos.

—Esos siempre son bien listos, yo le creo. —Mi tío Chuy le da una palmada al ruso.

—En ese caso, no podemos correr el riesgo de que vengan por nosotros —dice el cura preocupado—. Hay que cerrar todo.

Y la familia ni se la piensa. De una empezamos a buscar materiales que sirvan para tapar las entradas y procurar nuestra seguridad.

Después de horas de estar ahí encerrados, en medio de las peleas de los esposos, resuena el rugido de mi tripita. Al chile ya tengo hambre.

Mi tía Vero deja de pelear para preguntarme si tengo hambre. Asiento, pero le sonrío con algo de tristeza, pues sé que no hay nada que sacie los gruñidos de mi estómago.

El pánico no tarda en inundar el lugar. Todos estamos preocupados al pensar en que debemos comer algo para mantenernos vivos.

En medio de toda la desesperación surge una idea, que no puede ser de otra persona más que de mi tío Chuy.

—Nos vamos a tener que comer a uno de nosotros.

—*What!?* No.

—¿Qué otra opción tenemos?

—Pero esto no es de Dios —el cura dice visiblemente alarmado.

—Dios tendrá que perdonarnos entonces.

—Bueno, ¿a quién nos vamos a echar pues? —pregunta el esposo.

—Tu vida no fue larga, pero sí buena, Pinocho. —Mi tío le da un zape al niño antes de agarrarlo del brazo y levantarlo.

—¿¡Por qué a mi hijo!?

—Mire, tía, yo ni lo conozco pa poder decir que lo voy a extrañar —admito sin mucha vergüenza.

—Amor, diles algo. —Mi tía Vero trata de buscar ayuda en su esposo.

—“Amor, diles algo”.

—¿¡Ahora sientes rechazo por tu hijo!?

—Ese hijo ni mío es.

—Aparte no creo que lo quisieran mucho —interrumpo—. Le iban a poner Rigoberto.

—Ash, pues está bien —dice mi tía Vero con resignación—. Dele, mijo, pa fuera.

Así que de improviso nos aventamos una carnita y digo carnitita porque el chamaquillo a duras penas nos ajusta y eso que el tío Chuy se abnega para dejarnos carne.

Nos agarra un poquillo de culpa y para alivianar el ambiente un rato nos ponemos a contar anécdotas, algunas divertidas, otras medio aburridas, algunas más tristes. A pesar de todo, sirve para crear una mejor conexión entre todos nosotros.

—Yo también tengo una anécdota. —Bigotes levanta su mano como si esperara a que le diéramos la participación.

—Pues cuéntala, somos todo oídos —dice el tío Chuy, emocionado por escuchar otra historia.

—Muy bien. —Se aclara la garganta, nos mira a todos y entonces lo confiesa—. Yo una vez fingí que sabía hablar ruso.

Francisco Hassiel González Márquez

[<<Lastword Shoostar>>]

Preparatoria Regional de Zapotlanejo

El viaje de la luna

I: El mago

Existen las personas que nacen para triunfar y otras que lo hacen para sobrevivir. Por desgracia, soy una de las tantas que tienen que subsistir en este mundo cruel que repudia todo lo que es insólito y diferente.

Massimo..., soplaban el viento, *Massimo...*, susurraban las florestas, *Massimo...*, cantó la luna y mi madre dio a luz. Surgí cuando la luna, harta del humano, se escondía bajo su manto; pero aun escondida me había notado. Distinguió al único varón del aquelarre, a la aberración, al extraño.

La noticia rápidamente se expandió por todo el bosque y llegó hasta los oídos de las matriarcas. Al principio, ninguna de ellas se mostraba feliz con que hubiese un hombre en el aquelarre, pero dos de ellas, la suma sacerdotisa y la emperatriz, alegaron que, si la naturaleza me había llamado, habría tenido una razón.

Crecí rodeado de magia y matronas, todo lo que las rodeaba era acogedor, el aroma del romero, el fresco de la no-

che, el tacto de los cuarzos y las doncellas que danzaban alrededor de las llamas que curan el alma. Aunque era cercano al esoterismo, no se me permitía ejercerlo, sería una blasfemia para las diosas, un escupitajo a las que murieron por practicarlo. Tal vez tenían razón, pero no me importaba, la luna me había mirado, sentía su cosquilleo en mi corazón, su susurro incomprendido en mi cabeza.

II: La suma sacerdotisa

Practicaba la magia en penumbras, sin asistencia de nadie, solo con la mirada de aquel astro puesta en mí; a veces el intenso olor de algunas hierbas me asqueaba y en otras ocasiones el peso de las almas me abrumaba. De camino al aquelarre, siempre pasaba a agradecer a la madre naturaleza por todo lo que me había dado, fuese bueno o malo; después de eso, seguía con mi camino a mi hogar.

En el pequeño poblado se encontraban la suma sacerdotisa y su hija, la emperatriz; no le agradaba a ninguna de las dos, pero ellas a mí tampoco. Existían varios relatos sobre las previas sacerdotisas, todos llenos de esperanzas y armonía, pero la mayoría de ellos alejados de la realidad. La pitonisa que yo conocí era una tirana, una mujer despiadada y cruel a la que no le importaría quemar a todo el aquelarre con tal de verme muerto.

Mi madre trasnochaba contándome historias, una en particular hablaba sobre una pequeña niña desamparada que fue elegida por la rueda de la fortuna para convertirse en una temible matriarca; esas historias me llenaban de una emoción desconocida.

Una noche regresaba junto con las doncellas. Entramos por el sendero principal al pueblo y escuché que en la plaza se llevaba a cabo una asamblea. Todo el poblado escuchaba esas palabras llenas de odio y de mentira hasta que me vieron y se hizo el silencio. Caminé entre la multitud hasta que fui detenido por unas manos cálidas pero abrumadoras y entendí por qué estaban aquí, por una misión, por una persona. Por mí.

III: La emperatriz

Observaba las estrellas mientras el carro avanzaba, nos dirigíamos a la torre, el hogar de las matriarcas y de algunos pueblerinos. Las dos damas que me habían sacado de mi hogar hablaban sobre negocios y de lo que me deparaba en el lugar al que íbamos.

—Leire —pronunció la mujer mayor—, el inusitado será designado a un rango por el juicio.

La menor, Leire, miró a la mujer y asintió.

—Seguramente, será elegido como el diablo o como el ahorcado —dijo la chica entre risas.

Supe que recibiría un cargo dentro de la Sociedad del Loco, un deber como el que tenía Leire o uno como la anciana intuitiva. Leire era la emperatriz, puesto que seguramente había conseguido por sus riquezas; al contrario de la suma sacerdotisa, quien lo ganó por la vida que la obligaron a vivir. Las emperatrices pasan a ser sacerdotisas de sus torres, pero solo lo logran si se forjan bien intuitivamente. Su

madre no tenía riquezas, pero las consiguió y estas fortunas ayudaron a la chica a convertirse en lo que es hoy.

Nos acercábamos más a la torre y podía sentir una energía abrumadora e imponente. Algo me decía que yo era una persona importante, la otra mitad de la luna, la parte faltante de su melodía.

IV: El emperador

Habíamos llegado a nuestro destino después de varias horas, la energía del lugar era catastrófica, caótica, era la energía de la muerte contenida. Me hicieron entrar al terreno, subimos hasta el cuarto del rey, mejor conocido como el hierofante, ahí las mujeres hablaron con el sacerdote que gobernaba aquel territorio. Mi curiosidad me llevó a explorar todos los rincones del gran cuarto; todas las habitaciones contenían catres y algunas provisiones, excepto una, que resguardaba la otra pieza que la luna buscaba, el emperador.

Hijo del hierofante y heredero al trono, el emperador a lo largo de los relatos esotéricos siempre ha sido un joven con un alma corrompida gracias al diablo; en la mayoría de ellos, la fuerza y la templanza tienden a intervenir para que la corrupción no logre escapar del cuerpo del joven. Siempre lo retrataban como un varón apuesto, dotado de una gran belleza dada por la estrella, y no se equivocaban.

El chico estaba mirando la ventana cuando escuchó el ruido de la puerta abrirse, giró su cabeza y nuestras miradas se entrelazaron.

—¿Quién eres? —me cuestionó el chico.

—Massimo —dije mientras lo veía perplejo.

El chico retomó la vista hacia la ventana.

—La luna también te habla, ¿verdad? —preguntó el joven.

Asentí aun sabiendo que no estaba mirándome.

—Me llamo Edris —pronunció y el cuarto quedó en silencio.

Mis labios se abrieron para hablar, pero fueron callados por una mano que me sacaba del lugar. Me llevaron de regreso con el hierofante, ahora el cuarto se encontraba oscuro y una trompeta estaba colocada en medio de un círculo de nubes.

—Entra y tómala —pronunció una voz.

V: El hierofante

Me adentré y tomé la trompeta. La observé, la hice sonar y las nubes estallaron. El juicio era quien elegía cuál puesto tendrías en este mundo, era un ser omnipresente que te hacía nacer especial dentro de un lugar único, y ahora determinaba que mi vida debía cambiar, tal vez para bien o tal vez para mal. Todo era silencioso, cálido pero inestable, como un incendio, como una inundación, algo destructivo.

—Massimo —cantó una voz suave—, estás aquí porque la luna lo pidió. Tú, nacido varón entre tantas mujeres, siendo único después de tantos años, eres digno. Tú y el emperador serán enviados a encontrar algo perdido por la

luna. Massimo, el mago, y Edris, el emperador, son convocados por la madre.

El mago, hay pocos relatos sobre él, historias antiguas que nadie recuerda, un hombre olvidado. Incluso el ermitaño se reiría de él y ahora renace, algo que se creía perdido, un mito..., y renace en mí.

Retomé la consciencia dentro del carro, no estaban las mujeres de antes. Me levanté y pude ver a Edris sentado mirando la nada.

—Hola —dije con voz vacilante.

—Eres el mago. —Su mirada perdida volvió y se encontró nuevamente con la mía—. Mi padre no podía creerlo ni las doncellas ni yo. Eres una cosa perdida, uno de los tantos arcanos que no podía renacer. Y aquí estás, enviado a una misión solo para ayudarme a mí y a mi pueblo.

—¿Exactamente qué perdió la luna? —pregunté curioso sobre nuestra misión.

—La rueda de la fortuna desapareció. Sin ella, la fuerza y la templanza no pueden completar el sellado del diablo, el sellado de mi maldición, la del pueblo.

VI: Los enamorados

No sabía cuál era nuestro destino, Edris también lo desconocía, solamente nuestro vehículo lo conocía. Después de varias horas, llegamos a un valle, un lugar solitario, sin poblados, abrumador y salvaje. Descendimos del carruaje y miramos los alrededores.

—Este lugar da desconfianza —mencioné.

—No entiendo qué hacemos aquí —comentó el chico.

Empezamos a caminar por el valle en busca de alguna cosa que nos ayudara a resolver nuestras dudas. Ambos caminábamos al unísono, perdidos en esperanzas falsas, perdidos en miradas fugaces, en roces volátiles. Nuestra caminata se vio interrumpida por un gran hueco en el suelo, era tan oscuro que no se veía el fondo.

Edris comenzó a transpirar, temeroso de lo que pudiese haber en el fondo; tal vez él ya sabía lo que pasaría, mientras yo permanecía ignorante. Del hueco emergió un rugido inaudito, el ahorcado se alzó con la rueda de la fortuna en su poder y se abalanzó contra Edris. Él salió disparado hacia un árbol y el ser maligno suplicó por su amo, del cuerpo del joven salió un aura incomprensible. Me encontraba paralizado, temeroso de lo que podría pasar. Miré alrededor para buscar un arma, tomé una rama y me abalance hacia el estrangulado. Mi intento fue en vano y fui expulsado hacia el hueco.

Caí en un vacío, un gran e interminable bucle de sufrimiento. Estaba solo pero esperanzado de que alguien me salvara, que Edris saltara y me rescatara como en las historias que mi madre contaba. Reflexionaba mientras caía, pensaba en la muerte, en por fin descansar.

Y lo hice.

Microrrelato

Un respiro entre páginas

Imelda Quezada Jarero

El género del microrrelato parece haber encontrado su asidero en una época en la que impera el caos vehicular, la amenaza de futuras pandemias, la hiperconexión virtual, la preocupación de problemas ambientales irreversibles y otra serie de cuestiones sociales irresolutas. De alguna manera, este tipo de relato brevísimo funge como aliciente para la inmediatez, pues, entre el **scrolling** y el bombardeo constante de publicidad e información, nos alivia con sus argumentos breves y finales sorprendentes. Su lectura nos otorga una pausa para contener el aliento por unos minutos y, luego cuando pasa su efecto, nos permite volver al ajetreo de la urbe sin preocuparnos por dejar un texto pendiente. Así el microrrelato atiende con urgencia la necesidad de comunicarse de forma precisa y oportuna, pues la rapidez imperante en nuestra era ha cercenado la capacidad de atención y no hay tiempo que perder con barroquismos literarios o introducciones extensas que solo nos abrumarían. Por ello, no es de extrañarse que uno de los géneros cultivados por el escritor Julio Torri en el México del siglo XX —justo como lo refiere Lauro Zavala en su libro **Minificción mexicana** (2003)— sea acogido con tanto agrado por las nuevas generaciones de lectores y escritores.

Es así como llegamos al tema de este apartado: la categoría de microrrelato del Concurso de Creadores Literarios FIL Joven 2023. Los textos que a continuación se presentan son el resultado del arduo trabajo de todos los involucrados en el proceso: desde los jóvenes bachilleres que atendieron la convocatoria hasta los jurados que leímos, gustosamente, las nuevas propuestas literarias; además de las personas encargadas de organizar y dirigir este increíble proyecto.

Dichos microrrelatos nos van mostrando las inquietudes y problemáticas del contexto social inmediato de los jóvenes participantes, como la locura infantil o la psicosis; la maternidad no deseada; probar sustancias enervantes por primera vez; perversiones sexuales como la necrofilia o el incesto; crímenes pasionales y suicidios; desapariciones forzadas o la propia cotidianeidad. A esto se suman el trasfondo o recursos literarios de los que se sirvieron los autores, como el género **noir**, la parodia, el uso de la ironía, los guiños literarios a la mitología griega o los bestiarios, entre otros.

Sea, pues, esta una bienvenida congratulatoria para los participantes, hayan sido escogidos o no, a la escritura de este género. Celebremos dicho logro leyendo sus microrrelatos. Advierto a los lectores que las historias aquí contenidas no les permitirán dar vuelta a la página sin salir indemnes.

Valentina Axictli Araujo Cervantes

[<<Axictli>>]

Preparatoria 7

Anomalías

Aceptación

Se comenzaban a ver marchas sobre la diversidad racial en las noticias.

—Todavía hay personas que no lo aceptan. —La señora Marta negó con la cabeza al escuchar la información del noticiero mientras seguía atendiendo su puesto de tacos.

—Pero usted no se deprima, mejor cómase este taco de barbacoa, yo se lo invito —dijo la señora entregándole un plato a la pequeña criatura de color verde y de ojos saltones, quien recién había llegado al lugar en su nave espacial.

Máscara

Desde su infancia, Tania había utilizado grandes capas de maquillaje para evitar ser llamada antinatural, pasaba horas rozando brochas en su delicado rostro hasta cambiarlo en su totalidad, se volvía irreconocible y eso parecía agradarle a la gente.

Sintiéndose confiada, salió un día luciendo su increíble maquillaje, pero olvidó revisar el clima. “Qué mala idea”, pensó para sí misma cuando terminó empapada con el maquillaje corrido, la cobertura en su segundo ojo se había desvanecido y no podía evitar sentir la mirada discriminatoria de los cíclopes a su alrededor.

Hogar

Al principio sus padres no lo aceptaban, decían que era un grave error tenerlo en el hogar, especialmente por el tamaño que tenía la criatura; sin embargo, con el tiempo se encariñaron e incluso lo llevaban a caminatas por la colonia. A pesar de las miradas juzgadoras, Laura amaba pasearlo hasta la panadería en donde pedía tres bolillos. El señor que la atendía, ya acostumbrado, no pudo evitar bromear:

—¡Debe ser difícil alimentar a un perro de tres cabezas!

Sasha Lilian López Frías

[<<Seshat>>]

Preparatoria 8

Conocerte en vida

Deslicé mis manos por su cuerpo desnudo, tocando y eclipsando en mi memoria la persona indiferente que él fue siempre, repitiendo su nombre una y otra vez, esperando que me escuche, a pesar de lo bajo que susurro, porque temo que alguien más que no sea él me oiga o, aún peor, que me vea profanando su templo.

—¿Por qué no te conocí en vida? —le pregunté.

—¿Ya terminaste la autopsia, Ana? Tenemos que cerrar —dijo alguien afuera.

Quédate conmigo

¿Cómo podría decirte que no? Han pasado muchas cosas que me gustaría haberte contado, antes de que esto sucediera, de que mis sentimientos muy bien ocultos estallaran de una forma tan brusca y violenta. Lamento estarte obligando a tomar una decisión y ponerte entre la espada y la pared, más bien entre una vida plena y feliz conmigo y la bala del arma que tengo en mis manos.

Amantes

Dos jóvenes amantes se entregaron.

Luces apagadas y prendas abandonadas, las paredes los escuchaban, pero calladas se quedaban; más besos que palabras en el cuerpo se regaban. Nerviosos de la gran hazaña, las almohadas suavemente arañaban sus tiernos rostros.

Al terminar, ella lloró, se sentía rota y agotada; él solo la abrazaba.

—¿Qué diría nuestro padre? —le preguntaba.

Salir por la noche

La luna presenció muda cómo desgarraban mi normalidad, que después usarían como excusa para echarme la culpa. Sabía que, si seguía viva para cuando terminaran, ya no sería más que un objeto; toda mi humanidad se la habrían llevado ellos como lobos hambrientos de cuerpo y envenenados de lujuria. Con los ojos cerrados sentí cómo arremetían mi cuerpo, a cada estocada, uno por uno. La sustancia que había consumido sin saber me mantenía adormilada, mas no inconsciente; escuchaba cada profanación muy a lo lejos, pero sentía sus respiraciones en mi cuello al igual que sus besos y su saliva intoxicada con alcohol. Sabía que no importaba cuánta atención les prestara o cuánto intentara abrir los ojos, mañana no recordaría nada. O, tal vez, solo sería otra chica que nunca regresó a su casa.

Yo

¡La odio!, siempre la veo arreglándose, sonriendo. Porque solo yo sé lo falsa que es: la he visto llorar más veces de las que podrían suponer. Una noche, cuando nadie nos oía, até una soga al balcón y la convencí de que se la pusiera en su cuello; con lágrimas, obedeció. “¿Qué pasa si no muero?”, me pregunté.

Morirás por amor

Vi su cuerpo arder y sangrar: él pedía ayuda de forma histérica, incluso imploró perdón. Vi sus suplicantes lágrimas evaporarse igual que las mías, pero yo no estaba atada a un árbol en llamas, yo había sido engañada, yo no moriría por amor..., pero él sí.

Yhoalibeth Estrada Flores

[<<Oscar Wilde>>]

Preparatoria 8

Newton

Al terminar de cortar el manzano, tomé mi hacha y regresé a casa, pensando que ya no tendría que estudiar. Cuando llegué y comencé a leer libros de física, me enojó que ahora en su lugar dijera “pera”.

Pasatiempo

Siempre me gustaron los títeres. Podía pasar horas y horas jugando con ellos cuando era niño. Ahora tengo una gran colección de ellos: desde niños hasta perros. La mayoría los hago yo, aunque tengo que admitir que es algo complicado. La parte más difícil es cortar los tendones y colocar las cuerdas bajo la piel; una vez que pierden la movilidad, el resto del trabajo se vuelve más fácil.

Príncipe azul

Tomó mi mano, miró fijamente mis ojos con esa mirada dulce que yo bien conocía. Estábamos en el mirador de la ciu-

dad con la vista más hermosa, pero eso no importaba; en ese preciso momento solo existíamos nosotros, solo importábamos los dos, mirándonos a la luz de la luna. Sus labios se abrieron y me susurraron un “te amo” y, aunque me lo había dicho varias veces antes, mi corazón se aceleró como si hubiera sido la primera vez. Sujetó mi rostro y se acercó a mí muy lentamente sin dejar de mirarme... y justo cuando sentí un ligero roce en mis labios, una fuerte voz hizo que diera un gran salto.

—¡Última parada!

Cerré el libro y me dispuse a bajar. Mejor terminaré de leer en mi casa.

Amor eterno

Me acerqué a su cuerpo y la abracé fuertemente. Sentí el roce de su cabello en mi mejilla, su calor, sus latidos. Quería mirar sus ojos, esos que tanto he visto en sueños, pero era imposible distinguirlos. Cuanto más me esforzaba por encontrarlos, más se distorsionaba su presencia. Y justo cuando creí vislumbrarlos, una intensa luz y unos llantos incontrolables me despertaron. Ellos no entendían que yo necesitaba estar contigo. No entendían que solo tomándome ese frasco de pastillas podría verte para siempre en mi sueño eterno.

La llamada de la muerte

Estaba sentado en el sofá de la sala viendo la tele cuando sentí una sensación angustiante. El ambiente se ponía cada

vez más pesado. Me giré para ver la hora: 3:33 p. m. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al escuchar el timbre de mi teléfono. Mis manos temblaban. Contesté la llamada sin decir nada. Entonces una voz tranquila y tétrica habló...

—¿Sacaste el pollo del congelador?

Baile

Coloqué mis manos en su cintura, la acerqué a mi cuerpo y puse sus brazos alrededor de mi cuello. Se veía tan hermosa con el vestido que usó en su graduación. La ayudé a maquillarse, no soy bueno en eso, pero en su pálido rostro todo se veía bien. Bailábamos al son de su canción favorita y, al ver sus ojos grises, sentí un impulso que me hizo besarla en sus labios, tan suaves y fríos. Ella no se molestó en devolverme el beso. Tan indiferente hacia mí... igual que cuando estaba viva.

Mariana Geraldine de la Torre Huaracha

[<<MAR>>]

Preparatoria 12

Tarambana

Percibes una esencia que no proviene de ti, abres los ojos y no ves nada, ¿qué pasa?, escuchas voces que no reconoces y tu cuerpo empieza a helarse, estás entre luces, tratas de inhalar un poco de aire para tranquilizarte, ¿qué es ese olor? No lo estás logrando, te desesperas cada vez más y gritas, gritas y gritas, parece que nadie te escucha, ¿qué es lo que pasa? Te sientes atado en un miedo profundo, no sabes dónde estás ni qué está pasando, solo puedes percibir un olor asqueroso. Sientes un dolor en la cabeza que te aturde, un zumbido en los oídos que te marea, tu cuerpo se siente cansado, tu nariz sangra de manera exagerada y es ahí donde te das cuenta de que no debiste aspirar ese polvo blanco de la mesa.

330

Aborrezco tu existencia y estoy segura de que tú también me odias; desde que estoy contigo no puedo estar en paz, no puedo comer, no puedo dormir, no puedo hacer nada sin sentir

que tú estás invadiéndome, ¿por qué no te puedes largar? No te quiero ver aquí, estoy cansada de compartir cama contigo, estoy cansada de que tengas que estar en mi espacio, en mi lugar, desde que llegaste a mi hogar no puedo respirar tranquila, ¿acaso no entiendes que eres un parásito? ¡Me asfixias! No quiero volver a verte, te odio, te odio, te odio.

El grito de la madre adolescente retumbaba en la cuna donde yacía su bebé.

Psithirisma

Mira para allá, te quiere asesinar; mira cómo te ve, lo está planeando.

*¿Qué fue ese sonido?, ¿sientes ese escalofrío en tu espalda?
¿Te has visto en un espejo? Hoy te ves fatal, terrible, hor-
roroso.*

Si no lo matas tú, él te matará.

¡Mátalo!, ¡mátalo!, ¡mátalo!; ¡tienes que hacer algo!

Grita, huye, corre, te quieren hacer daño,

¡Despierta!, ¡te siguen!, ¡despierta!

Haz algo. Haz algo.

—Oye, Alejandro, ¿quieres jugar a las escondidas?

Punto y coma

Tomaste una de las decisiones más fuertes de tu vida. No sabías cómo reaccionar, mientras tu esposo dormía en casa con tus otros hijos, llorabas y rezabas. Tenías un gran dilema que cambiaría tu vida por completo. Eran las tres de

la mañana cuando decidiste luchar. Nunca tuviste una respuesta, no sabías qué hacer, estabas confundida, frustrada. ¿Qué harían en tu lugar?

Veías a tu alrededor peores situaciones que la tuya donde salían victoriosos y solo pensabas en que merecías estar en su lugar. Al mismo tiempo, la gente gritaba y lloraba por un poco de atención, y en tu egoísmo pensabas que nada se comparaba con tu dolor; absorbías en una tortura terrible, en tu mente los llantos te perseguían en forma de un eco eterno.

No podías salvarla. Rogabas a Dios que te llevara, estuvo internada quince días, pero el infierno que te hizo pasar duró para siempre. Hicieron todo para alargar su vida y lo lograron, su pequeño cuerpo seguía luchando por estar contigo. Hasta que ese frío enero su corazón dejó de latir. Ese día se fue tu hija, dejándote un vacío enorme, una llaga que nunca sanará.

—Intubamos a tu hija o se muere —fueron las últimas palabras del doctor al ver que tu pequeña, a la que habías abrazado solo tres meses, moría. ¿Qué haría una madre en tu lugar?

Angello Felipe Rosas Nuño

[<<Appa>>]

Preparatoria Regional de Tecolotlán

El apocalipsis tiene color azul

Todos gritaban: “¡Inundación!, ¡inundación!”, antes de que todo se derrumbara. Cuando de repente Alex cerró la manguera.

Estaciones

Mi amor por Abril es inmenso, lástima que ella prefiera a Julio.

El desayuno

Ella lloraba mientras le quitaba la piel, después la partió en pedacitos, la puso en la mesa y dijo: “Cariño, ya está la cebolla para los chilaquiles”.

Acurrucados

Todos nos habíamos reunido a tomar café y pan; mi esposo estaba recostado en la sala. Entonces le di un beso y le pre-

gunté si quería un poco, al no responder me acurruqué junto a él, pero todos en el funeral se asustaron.

Zona de guerra

Era una noche fría de invierno, los estallidos y balas resonaban en mi cabeza, el punto estaba capturado y mi compañero mal herido. Entonces se fue el internet y perdí la partida.

Amor inalcanzable

Ella siempre estuvo enamorada de él. Un día decidió llamarlo por teléfono para preguntar por la tarea, entonces el profesor le dijo que fuera a su casa por la tarde para explicarle.

Audiocuento

Voces resonantes

Ome Galindo

El audiocuento es una innovación narrativa espectacular: solo se necesitan un par de audífonos para transportarse a una realidad distinta, a un mundo en el cual las leyes naturales han sido trastocadas de formas tan ingeniosas que debemos aplaudir los giros argumentales que pocas personas logran.

Resulta asombroso observar la habilidad innata que poseen algunas personas para captar y mantener la atención total de su audiencia desde el momento en que pronuncian sus primeras palabras. Si estuviéramos hablando de narración oral, serían esos cuentacuentos ideales, quienes ganan la atención de niños y grandes. Pero el audiocuento tiene algo distinto: es más íntimo, personal; son escritores que susurran aquellos eventos imposibles. Al poner **play** escuchamos la respiración agitada, identificamos esas inflexiones en la voz para determinar enojos y desesperaciones, e incluso —los más aguzados de sentidos— detectamos cuando sonríen en ciertos diálogos.

Si bien este género es el menos frecuentado por los escritores de las preparatorias pertenecientes al Sistema de Educación Media Superior, la tarea de seleccionar únicamente a cinco destacados es una proeza casi imposible, porque la literatura es uno de los pocos elementos democráticos que nos quedan en este mundo tan capitalista. Hay discursos que

penetran en el alma del lector y se vuelven parte de él al estar cargados de emociones tan fuertes y complicadas. Y vuelvo a decir que encontrar solamente a cinco personas que destaquen es algo casi imposible, porque existen audiocuentos que nos remontan a ese pasado maravilloso de los cuentos infantiles, leyendas autóctonas contadas por miembros de sus comunidades, anécdotas del tiempo de la Revolución o las historias de mujeres que protagonizan —tristemente— las escenas de violencia diaria que padece nuestro país, o magníficos poemas existencialistas disfrazados de audiocuento por nombrar unos que recuerdo con gusto.

Aquí también debemos reconocer el ingenio de estos seleccionados, quienes grabaron en salones, en las calles, con computadoras; algunos con sonidos incidentales: los cuartos con bastante eco, a veces se entrometía un camión, un paseante, algún perro ladrando a lo lejos, el clic del mouse, una notificación de WhatsApp. Debemos apreciar la destreza tan magnífica que tuvieron estos creadores para producir estos textos transmediáticos, un punto híbrido entre lo narrativo y lo teatral, y es porque estos jóvenes en su constante ir y venir de lo tecnológico a lo mecánico, que tanto ven videos en su celular como escuchan las palabras de sus profesores y compañeros, lograron converger los distintos planos narrativos y nos dieron grandes obras que acompañaron a los jurados en su andar por los pasillos de las escuelas, en sus casas, en el transporte público. Esto nos permitió conocer esa parte oculta que guardan los seleccionados de audiocuento, los cuales, a su vez, también tuvieron filtros en otros profesores, con otros compañeros; de modo que no es solamente un texto que llegó

fortuitamente a este libro, sino que ha superado múltiples niveles y se ha quedado en la memoria de varios de los jurados.

Recuerdo muy vivamente —y ya con esto cerraría esta pequeña introducción a los audiocuentos finalistas— a aquel estudiante que el año pasado me preguntó por qué su cuento no había sido seleccionado en esta antología. Primeramente, creo que acabo de explicar lo difícil que resulta tener solo a cinco ganadores de entre los cientos que llegan al concurso; pero también conviene recordar que, aunque los jurados somos expertos en nuestras áreas, también somos humanos. Quienes creamos arte tenemos grandes historias que merecen ser escuchadas; si acaso participaste, pero tu texto —llámese poema, cuento, microrrelato, audiocuento o carta a la autora— no está en el libro, no significa que no tengas talento ni que el cuento sea deficiente; en ocasiones, se rechazan en concursos literarios a grandes obras por cuestiones subjetivas o acaso por el orden en el que se escucharon estos audiocuentos.

Si en algún momento fuiste seleccionado, esto indica que estás en el camino correcto. No obstante, siempre hay espacio para el perfeccionamiento: podrías mejorar aún más tu dicción, bajar el volumen de la música para que no se vuelva invasiva, revisar la narrativa para no repetirte tanto y lanzar una ficción contundente, refinar tus diálogos, apoyarte de tus docentes de teatro, de lengua y literatura o de otras áreas afines. Entretanto, te invitamos a descubrir el trabajo de estos cinco talentos, sumergirte en sus propuestas y discernir los elementos distintivos que les han valido un lugar en estas páginas.

Karina Paola Reynoso Madrigal

[<<Estrella de la mañana>>]

Escuela Vocacional

El campo de los gatos



Escanea este código y disfruta del audiocuento.

José Luis Hermosillo Plascencia

[<<Mr. Kong>>]

Preparatoria Regional de Amatlán

En búsqueda de nuevas tierras



Escanea este código y disfruta del audiocuento.

Óliver Farid Camacho Orozco

[<<Sr. Gatuno>>]

Preparatoria Regional de Jalostotitlán

Su estrella



Escanea este código y disfruta del audiocuento.

Jesús Cruz López

[<<Samael>>]

Módulo de San Julián de la Preparatoria Regional de San Miguel el Alto

La mansión de los espíritus



Escanea este código y disfruta del audiocuento.

Fernando Sayid Enciso Pérez

[<<Un incongruente>>]

Preparatoria Regional de Tlajomulco de Zúñiga

Figura decorativa



Escanea este código y disfruta del audiocuento.

Cartas a Nathalie Bernard

Introducción

Vanessa García Leyva

El género epistolar siempre ha tenido presencia en la literatura y, aunque no es tan popular como la narrativa de ficción o la poesía, es una gran herramienta de escritura para comunicar nuestras emociones, nuestra visión del mundo y, claro, también nuestros afectos por algo o alguien. Escribir una carta es tan natural al ser humano como lo es nuestra necesidad de comunicarnos y, aunque el formato tradicional ha caído en desuso debido a la tecnología, todavía en el correo electrónico podemos encontrar un sustituto más parecido a esas cartas, en las que no solo importa el mensaje, sino que la retórica y el estilo juegan un papel importante.

Las cartas que presentamos a continuación se escribieron a partir de la lectura de la novela *Lágrimas de bosque* de la autora francesa Nathalie Bernard, la historia fue inspirada en casos reales de niños y jóvenes indígenas originarios de Canadá que fueron separados de sus familias y puestos en internados religiosos y especiales para ellos, donde los educaban con métodos muy severos y violentos para que olvidaran sus raíces.

El protagonista de la novela es Jonás, quien durante seis años ha aguantado maltratos y abusos, esperando en que acaben pronto porque el término de su estancia está próxi-

mo a llegar; sin embargo, la violencia ejercida por las autoridades del lugar hacia una amiga hace que Jonás tenga que huir del internado y comience una aventura de supervivencia que lo hace reconectar con esos orígenes que los religiosos pretendían que olvidara.

La historia que cuenta Nathalie Bernard es de verdad estremecedora y las cartas que se recibieron al concurso así lo demuestran. Las misivas se escribieron desde la empatía de los lectores no solamente hacia el protagonista, sino también hacia los otros niños que estaban padeciendo el internado. Sin duda, sabemos que a los participantes del concurso el libro les llegó al corazón; primero, porque lograron tener una relación íntima con la lectura y, segundo, porque de esta relación surgieron textos tan ricos e interesantes como los que aquí se presentan.

Aprovecho este espacio para felicitar no solamente a los ganadores, sino a todos los jóvenes que participaron en el Concurso Cartas al Autor y que se adentraron al maravilloso mundo de la literatura y la lectura.

Silvana Venancio Torres

[<<El pollo multicolor>>]

Preparatoria Regional de Ciudad Guzmán

Primer lugar

Recuerdos, días y horas

A Jonás:

¿Es complicado vivir de recuerdos? Así como creas un mundo de memorias, creas un ancla que te mantiene unido a la tierra como raíces, en un lugar donde creces de una forma diferente a como pudiste haberlo hecho, donde la libertad de hablar tu lengua era considerado un mal, donde amar la tierra con la que un día te enseñaron a convivir te fue arrebatada, donde se encuentra quien con amor te enseñó el mundo, donde están aquellos dolorosos recuerdos que te hacen tensar, donde el alma parece desaparecer de a poco y una sonrisa termina siendo borrada, en ese mismo lugar donde vas cambiando, donde lo que te rodea es desconocido y un retrato se queda grabado en tu memoria, donde las estrellas se quedan brillando y el amanecer resplandeciendo.

Es justo ahí donde algún día estuvieron el cariño, el amor, la tranquilidad, y terminó el abrazo que dulcemente te acompañó; en ese lugar guardas tu corazón y enraizas tus más profundos miedos y dolores. Nunca olvides de dónde

vienes y cómo esos pasos te guían a aquel sitio que tanto extrañas, a donde el agua cubre tu cuerpo y el viento acaricia tu corazón.

Donde antes un cuerpo yacía sin vida en el cielo se encontró su sonrisa llena del amor que alguna vez fue suyo, donde la palabra *salvaje* deja de ser un insulto y se convierte en un placer.

Donde en un lago te encuentras una vez más con ella y una enfermedad no rompe un vínculo, en esa voz que algún día llegó a ser una caricia y aquel momento de amor que nunca se deshizo; contrario a eso, creció y mantuvo cálido tu corazón, recordándote una vez más que en aquel lugar se encuentra tu hogar, donde la savia de tus ancestros se reúne con la tuya y te enseña que una vez más sigues adelante, caminas y no tienes miedo de continuar.

No te detengas para mirar atrás y vive sabiendo que hallarás a quienes te guiaron y a quienes se volverán a encontrar contigo, entre latidos, suspiros, miradas o incluso cielos, aquella libertad que tanto deseas explorar de nuevo, mezclada con esa dulce sensación de seguir el sur.

En las lágrimas que no reflejan tu debilidad y muestran el valor de tu corazón y la fortaleza de tu ser, en aquel lugar en el que sin importar que griten o que tan asqueroso resulte tragar esa comida insípida.

Sonríe y no tengas miedo de llorar aquellas pérdidas que viviste y aquellas situaciones que te mostraron el reflejo de los árboles entremezclados con las nubes y la suavidad de los colores en el cielo. Porque es en las memorias donde podemos encontrar el consuelo y el camino de regreso; en

aquel lugar que, sin importar tu piel, tu sangre sigue circulando, aunque lo dudes puedes traer tu hogar a ti y no dar mirada ni pie a lo que ya no está.

Donde dar muerte a un hombre no siempre significa libertad.

En ese hielo que da paso a una nueva estación y refleja en ella un atisbo de esperanza que te une al bosque del que vienes y donde aprendiste a ser un árbol.

El pollo multicolor

Vanessa Naomi Puga Ayón

[<<El Bosque Verde>>]

Preparatoria 5

Segundo lugar

Intrépido Jonás:

Ya han pasado unos cuantos meses, de unos cuantos años, de unas cuantas vidas, ¡y los recuerdos de aquel diluvio no se marchan!

Todo se salió de control desde el momento en el que Gabriel y tú pusieron pies fuera del internado. La muerte los acechaba. Dispuestos a ser su refugio nos unimos: el viento soplando firme, decidido a azotar; el agua corriendo brava, decidida a revolcar; los lobos hambrientos, decididos a destazar; y yo, el bosque con mi tierra densa, decidido a enterrar.

Estoy acostumbrado a la pérdida y a la muerte. Todos los días, miles de hojas secas se desprenden de los árboles y caen muertas; las especies, sin importar su tamaño, se consumen unas a otras con el propósito de subsistir; pero la raza humana es despiadada porque se pasa el cuchillo con el único fin de derramar sangre, con aires de superioridad. Aquella noche no importó si merecían o no morir, si eran blancos o de color, considerados buenos o malos; la muerte les llegó por igual, sus cuerpos fueron comidos por los mismos gusanos. Entonces no, no hay diferencia entre los unos y los otros.

Un profundo silencio poseyó todo lo que habitaba dentro de mí, desde el ser más diminuto hasta el más inmenso pudo percibir cómo te alejabas de mi espacio. Me acostumbré a la sensación de calidez por tu presencia, a tu respiración incrustándose de a poco en el ambiente, a sentir cómo en cada inhalación te llevabas contigo el aroma de frescura, el anhelo de libertad y la ilusión de un camino sin ataduras; cómo, al exhalar, desprendías recuerdos colmados de agonía, estragos de dolor y la extinción de almas inocentes. Cómo tus latidos punzantes retumbaban una y otra vez hasta el nivel de las raíces. Y, por último, cómo esas lágrimas cargadas de angustia, al caer sobre mí, me revivían. De esta manera, es cómo asilaba tu espíritu en soledad.

Tras tu partida le imploré al cielo que me ahogara, quizás solo de esa manera podría saciar el gran vacío que dejaste en mí. En instantes, las pesadas gotas se posaron sobre la tierra. ¡Lloré!, ¡lloré por todos los que deberían estar respirando, corriendo y jugando!, ¡lloré por todos esos sueños truncos que jamás se harán realidad!, ¡lloré por los brazos que nunca serán llenados!, ¡lloré!, ¡lloré porque mi espíritu no mantuvo a salvo a Gabriel ni a todos los internos! Pues, a pesar de que los muros aislaban el lugar, yo podía ver, sentir y escuchar todo lo que sucedía ahí dentro y... no pude hacer nada.

Me llevó un tiempo comprender que no era mi culpa. Al final siempre habrá un espíritu más grande y sabio que uno mismo. Por lo que, en ese momento de vulnerabilidad, le pedí a él que me ayudara a ser fuerte por las futuras generaciones que vendrían a mí. La culpa se desvaneció pa-

ra dar lugar a un sentimiento de fortuna, pues cada cuerpo que perdió la batalla injustamente ahora me conforma y es parte de lo que soy.

Hoy después de tanto, decidí llenar el aire con esta bocanada de palabras y no porque necesite que vuelvas, sino para hacerte saber el impacto inconmensurable que me causaste. A lo largo del tiempo, han pasado multitudes sobre mí, pero ninguno semejante a ti, que, a pesar de vivir con represión, lograste descarapelar poco a poco tu carcasa, desempolvar los sentimientos y prender fuego a todo lo que te rodeaba, hacer de una metástasis de cólera un elixir; y del coraje, vacío y pérdida, un impulso. Gracias a seres indomables como tú, mi tierra se ha vuelto fuerte y, sin duda, tus huellas se marcan indeleblemente a donde sea que te muevas. Gracias por aferrarte de manera incondicional al deseo desmedido y esperanzador de sentir, a la vida.

Atentamente:
El Bosque Verde

P. D. Me llena saber que estás volando alto, libre y feliz, colmando a otros espíritus con tu esencia, haciéndole hincapié a tu nombre Jonás, que significa “paloma”. El gran espíritu piensa en todo, sabía bien que tú vendrías a traer la paz.

Daniela Cruz Nava

[<<Leinad>>]

Preparatoria 9

Tercer lugar

Guadalajara, Jalisco, México

19 de mayo de 2023

Querida madre:

Hoy quisiera hablarle a tu oído cerrado, a tu memoria en tri-
zas; hoy voy a confesarte todo...

Aunque quieras al gallo matar no dejará de amanecer.

El Cuarteto de Nos, "Cómo pasa el tiempo"

La sangre escurre.

Un gemido atroz.

Las manos y los pies le tiemblan y el ojo, de súbito, se torna vidrioso.

Fin.

Nathalie Bernard, *Lágrimas de bosque*

Mamá, me pregunto si en algún lugar sigues esperán-
dome; por favor, no aguantes la respiración porque tal vez
nunca vuelva a casa. Las escenas se repiten tan vivamente
en mi cabeza que el miedo cala en los huesos y lo único que

encuentro aquí es desesperanza, mi alma ya no puede seguir sola guardando todos esos secretos, callando las palabras.

Su cuerpo helado me sigue atormentando, él no era una persona despreciable, horrenda o mentirosa, Séguin era el mismo diablo, su voz y mirada eran la perdición total de nosotros los que alguna vez nos pensamos como la única salvación de “los tiburones en el bosque” (El Cuarteto de Nos). No quiero tu comprensión ni tu perdón porque no los necesito, lo único que deseo es que me escuches porque eres la única persona a la que me preocupa defraudar, mamá. ¡Apíate! ¿Quién alguna vez no tuvo que gritar socorro?

Cuando los aromas de los árboles vivientes en el bosque me envolvían, deseaba con mi alma entera estar junto a ti lejos de la miseria del dolor y la opresión.

Sin identidad, sin palabras en la boca y con los pensamientos vacíos, era como me sentía, como un objeto, tal vez porque eso era un viento nítido, una cifra, un número cinco.

Las sombras que caminaban con aires de grandeza y desdén bajo esas faldas largas y castigando la comida en las noches no eran las mismas que las que escondían secretos en los dormitorios. Clotilde quería escuchar la verdad, pero sabía que era riesgoso y su integridad también corría peligro.

Su cara pálida, el odio en su mirada y el cinturón que colgaba de sus manos.

Si tan solo pudiera admirar tu mirada una vez más. Te juro que la cobardía no impediría que mis ojos te contarán mi tormento. Cantaría mis penas una a una para que las vuelvas un recuerdo fugaz, una huella que quede en el pasado y que jamás vuelva a caminar. ¡Que los sueños y re-

cuerdos se desvanezcan! Porque lo único que quiero ver es tu rostro. Búscame, búscame en mis pesadillas, en el dolor cargado por Bosque Verde, cicatriza mis heridas con tus manos cálidas y, por favor, accede a besar mi frente en las noches de insomnio, porque te juro que sentir tu presencia calmaría mi mente, aunque sea por poco tiempo.

Disciplina, orden y poder eran los principios primordiales que regían en Bosque Verde, pero claro que la injusticia y la hipocresía a la moralidad quedaban ocultas en las pisadas de la Víbora. A veces suelo pensar en la culpabilidad, pero esos pensamientos se esfuman cuando la imagen del ataúd delicadamente tallado para él se hace presente, porque me parece una horrible iniquidad que tú para ellos no hayas merecido una despedida digna.

Mamá, cuando entraste en tu eterno soñar, cuando dijiste Jonás por última vez para que tus labios se sellaran y tu voz fuera prisionera para siempre, nunca creí que no volverías a llamarme o al menos no por mi nombre. Esos cuerpos bajo el hielo, el dolor en mi espalda e incluso los aires ásperos del bosque también eran tu voz, porque también gritaban Jonás.

Siempre concluí que la libertad solo la obtendría cuando estuviera fuera de Bosque Verde, pero me doy cuenta de que esa libertad, MI LIBERTAD, te pertenece.

Espero que algún día me invites a cenar a tu hogar y a Gabriel también, mientras tanto guíame con tus memorias que guardo en mi pequeña alma.

El pecado aún recorre mi cuerpo, pues “los tiburones en el bosque” me salpicaron, pero el temor ahora fluye de

manera tímida y libre, los golpes ya no duelen y la desdicha ya no abruma.

Por fin el bosque colmará su llanto.

Te añoro y te extraño, no puedo mentirte, pues aún te recuerdo con nostalgia. Espero algún día encontrarme contigo, mientras tanto lee esta carta con mi voz.

Te despide con alegría,
Jonás

Miguel Angel Lupercio Ramos

[<<ElMaistroGuapo>>]

Preparatoria de Tonalá

Mención honorífica

Tlaquepaque, Jalisco, México

29 de agosto de 2023

Querido Jonás:

Te escribo esta carta con las mejores intenciones. Espero que te encuentres bien y que hayas tenido la oportunidad de encontrarte con Estela durante tu último viaje. ¿Sabes?, desde que empecé a conocerte a través de la novela *Lágrimas de bosque* en la que apareces, he tenido un fuerte deseo de conocerte y conversar contigo durante un buen rato. Mientras leía acerca de tus acciones, tus pensamientos y tu profundo apego a la naturaleza, me di cuenta de que tú y yo compartimos un lazo extraordinario.

Puede parecer gracioso, pero tenemos la misma edad, o al menos casi la misma, ya que en exactamente un mes cumpliré diecisiete años. Cuando conocí tu pasado y tu historia, me sentí profundamente identificado. Es posible que te preguntes cómo, pero déjame explicarte. Al igual que tú, siento un amor profundo por la naturaleza, los bosques, las

plantas y los animales. Cuando estoy rodeado de este entorno, experimento una gran felicidad. Una de las actividades que más disfruto es tumbarme en el césped y contemplar el cielo mientras escucho el canto de los pájaros. Todo esto tiene una razón, ya que, mientras tú eras un nativo, un hombre del bosque, yo he sido jardinero.

Mi tío trabaja como jardinero en un fraccionamiento y, desde que era muy pequeño, me llevaban a trabajar con él, aunque, en cierto sentido, podríamos decir que me “obligaban” un poco, je, je. Es similar a tu experiencia de ir al internado; sin embargo, creo que ambas situaciones han sido beneficiosas para nuestra vida y nuestro espíritu. En un principio, y durante muchos años, odié esa experiencia, sinceramente, la detestaba. Pero ahora, en la actualidad, pienso que tuve la suerte de haber sido expuesto a ello. Si no hubiera estado allí, no sería la persona que soy en este momento. Desarrollé muchas habilidades y valores, aprendí de personas y maestros excepcionales. En este momento, me siento muy fuerte y agradecido por la vida. Creo que, si no hubiera pasado por esta experiencia, no habría llegado a ser la persona que soy hoy en día.

Y esto me hace pensar en ti, Jonás. Aprendiste lo mejor de tu madre y desarrollaste habilidades excepcionales que te permitieron sobrevivir en el internado, destacándote como el mejor o el más útil, de manera similar a mi experiencia en la jardinería. Es por eso que me agradaste, Jonás.

Me sentí identificado contigo y en realidad creo que somos bastante parecidos. Compartimos un inmenso amor

por la naturaleza y poseemos una variedad de habilidades. Sin embargo, en otro aspecto, te envidio y al mismo tiempo te admiro. Tú lograste deshacerte de varias personas que solo causaban daño en este mundo o hacían sufrir a los demás. Sé que no es algo que deba buscar, la idea de quitarle la vida a alguien, como lo hiciste con Séguin, me aterra. Pero, al igual que tú, siento un profundo odio hacia aquellos que hacen sufrir a los demás. Hay personas que parecen existir solo para entorpecer y empeorar el mundo, por eso, te envidio, hermano. Solo tú y yo comprendemos que la vida puede ser o será más feliz cuando esas personas no estén presentes.

Un punto que quiero mencionarte es que la muerte de Gabriel también me afectó intensamente. Me sentía identificado con él, era realmente un chico increíble, ¿verdad? Cuando lo comparaban frecuentemente contigo o le decían que era inútil, recordaba mis primeros años junto a mi tío. Me comparaban constantemente con mi hermano mayor, quien también estaba conmigo, y todos los trabajadores me trataban utilizando insultos y en ocasiones hasta con un poco de rudeza. Sin embargo, creo que al final esta experiencia nos benefició tanto a Gabriel como a mí. Incluso llegué a sentir afecto por algunas de esas personas, aunque ya no están presentes; gracias a sus acciones, pude superarme y comprender lo que debía hacer.

Otro aspecto que deseaba comentarte, especialmente después de mencionar cómo me relacioné con algunas personas, es que al final de la novela, cuando decides aban-

donar al padre de Gabriel para ir en busca de Estela, yo habría tomado la decisión opuesta: me habría quedado con el señor. Soy alguien a quien le gusta entablar conversaciones y relacionarse con personas adultas, quizás porque pasé la mayor parte de mi vida en su compañía en lugar de con personas de mi edad, je, je. Aunque es doloroso perder a esas personas, encontré hermosa la forma en que trabajaron juntos para denunciar lo que sucedía en el internado y cómo lograron cambiar la vida de más niños.

Entre tú y yo, disfruto ayudar a las personas, por lo que me habría unido a los nativos del otro clan para trabajar juntos en la construcción de un internado o casa hogar en la zona. Pero no uno convencional, o como en el que estabas, sino uno que realmente sea un hogar para quienes lo necesitan, un lugar que represente una luz, una esperanza y un refugio para los necesitados. Creo que debería tener un nombre que refleje su propósito. ¿Qué nombre te parecería adecuado? Personalmente, pienso que Sonrisas de Bosque sería una elección apropiada. ¿Qué opinas al respecto?

Agradezco enormemente que te tomes el tiempo para leerme y que me brindes tu valiosa atención. Espero de corazón que te encuentres bien en adelante y que no tengas que huir nunca más, ni de nada ni de nadie. Siéntete orgulloso de lo que eres y nunca te avergüences de tus raíces, al igual que yo, que juré con varias personas el día de su partida que nunca olvidaría de dónde vengo, de pueblo. Tú, no olvides nunca tu origen, de nativos. ¡Ánimo! ¡Volemos alto! Porque tú y yo nacimos para surcar los cielos, hermano. Nacimos para estar en comunión con la naturaleza. Na-

cidos para correr libres y salvajes. Por eso, somos ¡hermanos del bosque!

Diferente lugar, mismo vínculo... , casi la misma historia.

Atentamente:
ElMaistroGuapo

P. D. Me encantaría explorar los bosques de Canadá, aunque preferiría hacerlo durante la primavera o el verano, ya que no soy muy resistente al frío ni al invierno.

Gisela Valdez Ornelas

[<<Valori>>]

Preparatoria Regional de Jalostotitlán

Mención honorífica

Jalostotitlán, Jalisco, agosto del año actual

A quien pueda corresponder:

Para todos los antagonistas de esta obra...

Saben, no deseo saludarlos, no deseo que estén bien, vengo a expresarme y hacerles saber que esto les puede corresponder a ustedes, humanos abusivos con autoridad, a sus almas repugnantes. Lo vi todo, eso lo temen, ¿verdad? Pues, entre los susurros de las hojas danzantes y los ecos antiguos que resuenan en cada tronco centenario, habla el bosque. Soy testigo mudo de las atrocidades que se desplegaron en el sombrío internado, donde los niños inocentes fueron presa de manos crueles y corazones oscuros. Desde lo más profundo de mi esencia verde, alzo mi voz en un reclamo resonante, dirigiendo mis palabras a aquellos seres con autoridad, que en su ceguera actúan sin piedad, desatando un sinfín de abusos y sufrimientos.

Los sobres guardé y ¿qué hicieron? Provocar las lágrimas de bosque. Como guardianes silenciosos de este reino de árboles altivos, escuché los suspiros callados de aque-

llos pequeños que fueron víctimas de su desprecio. Sus lágrimas se confundieron con la lluvia que bañaba mi suelo sagrado y dejaron una huella de desolación en cada rincón de mi existencia. En sus miradas apagadas vi la tristeza reflejada, el miedo latente que quedará grabado en sus almas como una herida que se niega a sanar.

Quiero decirles no solo lo que cometieron, sino lo que son. Lobos disfrazados de corderos que, con su máscara de autoridad, destrozaron la confianza y aplastaron los sueños. Se aprovecharon de su posición para sembrar terror y dolor en los corazones que confiaron en ustedes. Su maldad se desliza entre las raíces y las hojas, contaminando el aire que respiramos y oscureciendo la belleza que una vez reinó en este sagrado bosque.

Oh, humanos con poder y dominio, ¿acaso no sienten el rugido de la tierra que se estremece ante su crueldad? Han profanado la inocencia, robando las risas infantiles y dejando cicatrices en los corazones que quizás hayan florecido con esperanza. Sus sombras se alzan como torres negras, envolviendo la pureza de estos niños en un velo de pesadilla.

Mis árboles susurran entre ellos, compartiendo historias de tristeza y horror, mientras mis ramas se alzan en un abrazo protector hacia los internos afligidos. Y saben de cuál hablo en especial, del número cinco, sí, tú, mi querido Jonás; deseando tanto tu libertad, cobijo cada uno de tus pasos, reconociendo tu gran valentía y el conocimiento que tus ancestros te dejaron sobre mí. Cada recurso mío fue puesto para ti. El viento, con su voz susurrante, llevará

mis palabras de reclamo y justicia hasta los oídos sordos de aquellos que permitieron este infierno... , tu infierno.

¡Escuchen el grito de la naturaleza herida! Las semillas que plantaron en el corazón de estos niños no pueden ser olvidadas ni sus cicatrices borradas. El tiempo es sabio y la justicia no duerme. Son responsables de sus acciones y el peso de la culpa caerá sobre ustedes como un diluvio interminable.

Que la tierra les devuelva el sufrimiento que causaron, que los árboles susurren su nombre en el viento como una advertencia. Pues el bosque nunca olvida y mi reclamo persistirá en cada hoja que cae y en cada rayo de sol que atraviesa la espesura. Que encuentren redención y lleven el peso de sus actos como una lección eterna. Solo así, quizás, podrán reparar el daño y encontrar el camino de vuelta a la armonía que alguna vez perdieron.

Me despido de ustedes, recordándoles que el bosque habla y su voz trasciende en el tiempo, grabando los que, aunque crean estar por encima de la naturaleza, somos uno solo, un organismo vivo que se alza en contra de la crueldad y el abuso. Escuchen mi reclamo y que su conciencia despierte para que puedan sanar juntos las heridas que ustedes mismos causaron.

Atentamente:
el bosque (Valori)

Índice

Presentación	5
César Antonio Barba Delgadillo	

Poesía	7
---------------	---

No hay insignificancia en las palabras	9
María Adriana Sotelo Villegas	

Luna Cristina López Muñoz	
Me extrañarás cada mañana de otoño	11
El tiempo se ha corrompido	13
Tu oleaje	15
Espejismo	16
Soledad, mar y luna	17
Margarita	19

Damián Isaac Hernández Pérez	
La belleza despertó al alma	20
Perdido en el umbral	21
Aguas turbulentas	22
Salto hacia el abismo	23

Isaac Eduardo Hernández Salas

Luna de papel	24
Náufrago espiritual	26
En las sombras	28
Belladona	29
Rojo cuerpo astral	30

Daniel Ogazón Apolinar

Mercado de epitafios	31
La fuente de los héroes	34
Mi olvido	37
Ruido de los ciervos	40

Silvia Ximena Ramírez Montes

Mito	42
Migra	45
Sandro	47

Cuento 49

El cuento como una pelea de box 51

María Gabriela Camberos Luna

Mia Desireé Barajas Alvarado

Sueños proyectados	53
--------------------	----

Jorge Loza Olvera

Tengo que irme ya	60
-------------------	----

Ángeles Giselle García Razo

Un ángel en el infierno 66

Astrid Martínez Lares

El bautizo 72

Francisco Hassiel González Márquez

El viaje de la luna 80

Microrrelato 87

Un respiro entre páginas 89

Imelda Quezada Jarero

Valentina Axictli Araujo Cervantes

Anomalías 91

Sasha Lilian López Frías

Conocerte en vida 93

Quédate conmigo 93

Amantes 94

Salir por la noche 94

Yo 95

Morirás por amor 95

Yhoalibeth Estrada Flores

Newton 96

Pasatiempo 96

Príncipe azul	96
Amor eterno	97
La llamada de la muerte	97
Baile	98

Mariana Geraldine de la Torre Huaracha

Tarambana	99
330	99
Psithirisma	100
Punto y coma	100

Angello Felipe Rosas Nuño

El apocalipsis tiene color azul	102
Estaciones	102
El desayuno	102
Acurrucados	102
Zona de guerra	103
Amor inalcanzable	103

Audiocuento 105

Voces resonantes 107

Ome Galindo

Karina Paola Reynoso Madrigal

El campo de los gatos	110
-----------------------	-----

José Luis Hermosillo Plascencia

En búsqueda de nuevas tierras	111
-------------------------------	-----

Óliver Farid Camacho Orozco	
Su estrella	112
Jesús Cruz López	
La mansión de los espíritus	113
Fernando Sayid Enciso Pérez	
Figura decorativa	114
Cartas a Nathalie Bernard	115
Introducción	117
Vanessa García Leyva	
Silvana Venancio Torres	
Recuerdos, días y horas	119
Vanessa Naomi Puga Ayón	122
Daniela Cruz Nava	125
Miguel Angel Lupercio Ramos	129
Gisela Valdez Ornelas	134

Creadores Literarios FIL Joven 2023

Jurado de poesía

Carlos Vicente Castro

Luis Antonio Medina Gutiérrez

Reyna Hernández Haro

Jurado de cuento

María Gabriela Camberos Luna

María Luisa Gómez García

Miroslava Pineda Rodríguez

Jurado de microrrelato

Cándida Elizabeth Vivero Marín

Imelda Quezada Jarero

Miguel Ángel Galindo Núñez

Jurado de audiocuento

Miroslava Pineda Rodríguez

Imelda Quezada Jarero

Miguel Ángel Galindo Núñez

Jurado de Cartas a Nathalie Bernard

Luz Odelinda Orozco Ruiz

Vanessa García Leyva

Godofredo Olivares Cortés

Responsable FIL Joven

Lilia Herlinda Mendoza Roaf

Corrección

Luisa Isaura Chávez García

Formación y diseño de portada

Melissa Castillo. Editorial Universidad de Guadalajara

Se terminó de editar en mayo de 2024
en las oficinas de la Editorial Universidad de Guadalajara,
Ingeniero Hugo Vázquez Reyes 39, interior 32-33,
Industrial los Belenes, 45150, Zapopan, Jalisco.

